

LAS ESPIRITISTAS DE MODERN CITY

SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

552 – El faro del terror, *Joseph Berna*.
553 – Sangriento carnaval, *Curtis Garland*.
554 – El reino de los infiernos, *Lou Carrigan*.
555 – Broma de carnaval, *Ralph Barby*.
556 – Los muertos quieren vivir, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

LOS ESPIRITISTAS DE MODERN CITY

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 557
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 32.389 - 1983
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1983
1.* edición en América: mayo, 1984

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Alguien había regalado a Jimmy, de ello hacía ya mucho tiempo, un juego de entretenimiento. Consistía en una cajita de plástico circular, de algo menos de un centímetro de grosor, que encerraba cinco bolitas de acero que podían verse a través del protector transparente.

Había que colocar las cinco bolitas de acero en puntos clave de la figura femenina desnuda que estaba impresa en el fondo de la cajita. Una de las bolitas tenía que depositarse en la boca, otras dos en sendos pezones de los supuestamente abultados pechos, una cuarta en el ombligo y la quinta, en el pubis.

Jimmy había pasado incontables horas de su vida moviendo aquella cajita y jamás había conseguido colocar las cinco bolitas de acero a un tiempo en los huequecillos correspondientes. Pese a todo, mostraba un gran interés por su pequeño tesoro y persistía en jugar con él cuando no le veían, porque algunas personas ya le habían reñido por tener tal v entretenimiento y otros jóvenes habían intentado arrebatárselo.

A Jimmy se le podía calificar de subnormal. Lloraba y reía con más sentimiento que muchos otros, pero era demasiado incoherente.

Se reía en exceso, en opinión de muchos, y sus fuertes carcajadas molestaban, pues Jimmy se reía de todo y por todo, aunque a los demás no les hiciera gracia.

Jimmy no había sido capaz ni de aprender a escribir su propio nombre. Contaba hasta diez como máximo y utilizando los dedos y apenas llevaba unos centavos encima.

Su madre, la señora Omerson, pagaba cada lunes al barbero y en la Little-Shop los chicles y golosinas que él adquiría allí, y también en el bar de Charly las coca-colas que se tomaba. En todas partes sabían muy bien los servicios que debían proporcionar a Jimmy, porque su madre no pagaba ni un centavo más de lo que tenía estipulado debían hacer o darle a su hijo.

Jimmy hacía frecuentes escapadas. Ya no era ningún niño, había cumplido los treinta años pese a que no pocos habían dicho que no llegaría a los veinte.

Calzaba botas y una de ellas era ortopédica, lo que daba a su caminar un efecto tambaleante; no obstante, había aprendido a fintar a los automóviles y camiones que eran sus enemigos mortales.

Grass Plat solía acoger a parejas deseosas de un rato de amor, lejos de las miradas severas de las damas del ejército de salvación.

Los fines de semana, se podían encontrar un buen número de automóviles metidos entre los árboles, pero durante la semana, el lugar estaba más vacío. Grass Plat quedaba a unas seis millas de Modern City.

Jimmy, arrastrando su pierna más delgada y calzada con la bota ortopédica, tomaba un atajo y las seis millas se transformaban en justo la mitad.

Le fascinaba el río, pero sólo se había bañado una vez en él y era porque le habían arrojado los muchachos de Modern City para reírse de él.

Cayó en un lugar donde no cubría, pero su escasez de luces y su pánico al agua, le hicieron casi ahogarse, y tuvieron que hacerle la respiración artificial para que siguiera viviendo después de sacarlo del agua.

A partir de aquel día, Jimmy había mirado con más recelo aún las aguas del río; sin embargo, había algo que le atraía mucho y esto era hacer de voyeur en el Grass Plat, aunque en un par de ocasiones, había recibido puñetazos y puntapiés porque se había echado a reír y le sorprendieron.

Los gritos de la mujer le estremecieron.

Se quedó quieto, mirando a un lado y a otro. Se había hecho de noche, aunque había una gran luna que iluminaba aquel lugar junto al río, de tal manera que las sombras quedaban perfectamente dibujadas contra la hierba.

La saliva asomó en las comisuras de sus labios. Aquellos gritos de mujer, además de infundirle miedo, le excitaron. Los gritos se transformaron en fuertes chillidos y luego, el brutal silencio.

Como si quisiera escapar, evadirse de cuanto le rodeaba, sacó aquella especie de amuleto que era el juego de las bolitas y trató de colocar, una vez más, las cinco bolitas brillantes en los lugares correspondientes de la mujer desnuda.

El canto de un búho le distrajo, le devolvió a la realidad.

Avanzó de nuevo entre los árboles hasta descubrir un coche descapotable. Tenía las portezuelas abiertas y por una de ellas asomaba una cabeza de mujer. Los cabellos caían hasta casi llegar al suelo y entre ellos se escurría un hilo de sangre.

Al ver a la mujer, una joven agraciada, con los ojos abiertos y muy fijos, Jimmy recibió tal susto que se le cayó de la mano su juego y ni siquiera reparó en ello.

Se aproximó más a la mujer y mirando por encima del coche, pudo ver que sus ropas estaban desgarradas, se hallaba prácticamente desnuda y debía haber muerto al darse un mal golpe contra el canto metálico de la carrocería. Allí no había nadie más y Jimmy no alcanzaba a tener conciencia de lo sucedido.

Fascinado por los abultados senos de la mujer que apuntaban al cielo y quedaban perfectamente iluminados por la luna, lo que los hacía más blancos de lo que ya eran, tocó con su mano uno de los pechos y en aquel momento, sintió una imperiosa necesidad de masturbarse. Ya de muy pequeñito, Jimmy había aprendido a complacerse por puro instinto, jamás había conocido mujer.

Con su pequeña violencia y gran excitación, dio un rodillazo a la cabeza de la muerta. Esta, que guardaba un precario equilibrio en el asiento, se cayó de él, lo que sobresaltó a Jimmy que le pareció que había sido sorprendido.

Echó a correr desesperado y con tan mala fortuna que chocó contra el tronco de uno de los árboles, dándose en la frente y en la mejilla.

Tras vacilar, sin llegar a caer, prosiguió su huida mientras el gran búho

emitía su lúgubre canto.

* * *

El comisario Bob Perkins detuvo su automóvil frente a la casa de los Castle, una casa que tenía un bien cuidado prado protegido por una valla de madera pintada de blanco.

Sacó una botella de petaca y bebió un largo trago de whisky. Se secó los labios con el dorso de la mano y comenzó a tocar el claxon con intermitencias pero de forma insistente.

Bob Perkins era un hombre más bien alto, fornido, de ojos claros, cabello rubio y crespo. Si bien era fuerte físicamente, se consideraba más fuerte aún por ser el comisario de Modern City.

Se abrió la puerta de la vivienda y apareció una mujer de mediana edad, colocándose un chal blanco mientras otra mujer se despedía de ella.

—Basta, Bob, basta, ya te hemos oído —le dijo Martha, su esposa, que protegida por el chal avanzó por el camino empedrado. Salió de la propiedad y subió al coche.

—¿Es que siempre has de armar tanto escándalo cuando pasas a recogerme?

Con un gesto despectivo y de cansancio, Bob Perkins puso el auto en marcha.

—No sé por qué has de acudir a la casa de la bruja esa.

—¿Bruja? ¡La ofendes! Es la reverenda madre Castle.

—Sí, reverenda y espiritista.

—Es una religión reconocida.

—Mira, Martha, eso de llamar a los muertos me parece una solemne estupidez, es jugar a hacer de brujas. Está claro que hoy en día no echan a nadie en la hoguera, pero algunas mereceríais que os chamuscaran el culo con una buena antorcha.

—Eres grosero y soez, algún día te quitarán esa placa.

—Bah, soy el mejor comisario en muchas millas a la redonda.

—¿El mejor y bebiendo whisky mientras conduces?

—Un traguito no perjudica; además, la ciudad está tranquila. —La miró de reojo y preguntó—: ¿De veras te crees todo eso del espiritismo o las reuniones son para drogaros?

—;Bob, no te tolero que...!

—Tú tolerarás lo que yo te diga y si no te gusta, pide el divorcio.

Ella apretó los labios con fuerza y después, dijo:

—Algún día te tomaré la palabra.

—No sabes vivir sola. ¿Crees que te aceptarían toda esa pandilla de brujas si vivieras sola y apenas tuvieras dinero con que pagarles? Porque te cobran, ¿verdad?

—No exactamente.

—Ya, ya, la cuota voluntaria para mantenimiento de los ritos, ahora lo llaman de otra manera.

—¿Qué te pasa, Bob? Esta noche estás inaguantable.

Junto a ellos, en dirección contraria, pasó un coche patrullero que reconoció al automóvil del comisario y dio un claxonazo de saludo.

—Ese es Percy, va de ronda, a lo mejor lleva a algún borracho a la cárcel. ¿Qué crees que hará mañana Danny?

—Jugar.

—Si Danny tuviera un poco más de talento rápido, sería el mejor jugador de rugby de toda la Unión. A mí me gustaría que jugase en Harvard o en Princeton.

—Eso no sucederá nunca y tú lo sabes. Es un buen muchacho, pero no es ni el mejor del college.

—Claro, como para ti el más inteligente es Hal...

—Hal saca muy buenas calificaciones, pero aún podría sacarlas mejores si fuera un poco más simpático con los profesores.

—Hal no es capaz de eso, es demasiado inteligente. Hasta se cree más inteligente que su padre... —Se echó a reír con una carcajada abierta, grande, una carcajada que le llenaba la boca.

Metió el coche entre los parterres de su propiedad. Dio vuelta a un botón que había junto a la radio del coche y la puerta del garaje se abrió frente a ellos.

El coche prosiguió rodando.

Hal estudiaba en su habitación, con un disco de música clásica sonando con bajo volumen. En otro cuarto, Danny roncaba ruidosamente, aplastando el colchón con sus cien kilos de peso.

A la mañana siguiente, cuando el comisario Bob Perkins se estaba afeitando, pudo oír el llamador musical de la casa. Al poco, se le acercó su mujer en bata y con expresión somnolienta.

—Percy te busca —le dijo.

—¿Percy?

Se asomó a la escalera.

—¿Qué sucede, Percy?

—Un asunto feo.

—Ahora bajo —respondió a su ayudante.

Con una toalla en la mano y aún en camiseta, Bob Perkins se reunió con su ayudante.

—¿Qué te pasa de buena mañana, han asaltado la estación de policía?

—No, pero... —Miró con cierto cuidado en derredor y bajó el tono para decir—: Tenemos un cadáver.

—Diablos, un cadáver. Ya no podremos presumir de ser una ciudad tranquila.

—Se trata de Nathaly.

—¿Nathaly, qué Nathaly?

—Nathaly Sapinsky, la bibliotecaria.
—¿Dónde está?
—En Grass Plat.
—¿Un lío de sexo?
—Eso parece.
—Un momento, en seguida estoy contigo.
—¿Ocurre algo malo, Percy? —preguntó la esposa del comisario.
—Pues...
Fue el propio Bob Perkins quien explicó:
—Se han cargado a la bibliotecaria, algún loco —tomó un café apresuradamente y se dirigió al patrullero de Percy.
A los pocos minutos, examinaban el cadáver en aquel paraje privilegiado para los enamorados, Grass Plat. Un sol limpio iluminaba la escena.
La víctima estaba en el fondo del coche descapotable.
—¿Has avisado al juez? —preguntó Bob Perkins.
—Sí.
—Vaya como la han dejado —se lamentó el comisario.
—Un maníaco del sexo, sin duda. Por lo visto, ella intentó defenderse.
—Sí, eso parece. Apenas hace un año que estaba en Modern City.
—Sí, y no buscaba problemas.
—Eso, nunca se sabe. Para mí, era algo provocativa. Por suerte, no hemos tenido problemas de esta clase en la ciudad; sin embargo, cuando hay una mujer que provoca con la carne que le ha dado la madre naturaleza... En fin, daremos con el culpable y se lo entregaremos al juez.
Se fijó de pronto en algo que brillaba entre la hierba. Caminó hasta encontrarlo, se agachó, lo tomó y lo observó:
—Oye, Percy, fíjate en esto... ¿No es un jueguecito para un maníaco sexual?
El ayudante, al ver la cajita con las diminutas bolas de acero, silbó.
—Vaya, si es el juego de Jimmy.
—¿El juego de Jimmy? —repitió Bob Perkins mirando a su ayudante que, al igual que él, vestía de uniforme.
—Sí, sí, es suyo.
—¿Y qué hace aquí, junto al coche? —Io hizo saltar en el aire y rezongó —: Creo que tenemos ya una buena pista.
—Espera, Bob, al muchacho se le pudo caer cualquier día.
—Eso ya lo averiguaremos. Quédate aquí hasta que venga el juez y busca huellas. Si encuentras huellas de una bota ortopédica, que no se estropee. Le sacaremos un molde de yeso, va a hacerle falta al fiscal.
Bob Perkins subió a su coche y se alejó rápidamente.
Regresó al pueblo y se detuvo frente a la casa de la viuda Omerson. Llamó al timbre y aguardó, protegiéndose los ojos con las gafas de cristal oscuro que solía llevar consigo.
—Buenos días, comisario. Qué sol hace, ¿verdad? —comentó la viuda

Omerson, protegiéndose, los ojos con la mano.

—¿Está Jimmy?

—Sí, ¿por qué? ¿Quiere encargarle algún trabajo?

—Puede ser. Dígale que salga, tengo que mostrarle algo.

—¿No sería mejor que me lo dijera a mí?

—Señora Omerson, dígale al idiota que salga o entro yo a buscarlo —se impacientó Perkins.

—¡Comisario...!

La mujer iba a protestar, pero vio al comisario con una actitud tan decidida que optó por internarse en la casa.

Al poco, salía Jimmy, amedrentado. Tenía algo de barba en la cara y babeaba ligeramente, pero no reía. Miraba con miedo al comisario Perkins, como temiendo que le apaleara. Era algo que, pese a sus escasas luces, ya olfateaba.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Jimmy?

Le cogió el rostro con brusquedad, mirándole el ojo tumefacto, la ceja, la frente y la mejilla.

—Se dio un golpe —explicó la madre.

—Sí, claro, un golpe —le mostró el juego de las bolitas—. ¿Conoces esto, Jimmy?

El chico alargó la mano para cogerlo, pero Perkins se lo impidió.

—De modo que es tuyo, ¿eh, Jimmy?

—¿Se puede saber qué pasa, comisario? —insistió la madre.

Antes de que Jimmy pudiera evitarlo, Bob Perkins lo esposó. Jimmy cogió miedo y trató de huir, pero Bob Perkins poseía mucha más fuerza que él y también destreza en la pelea.

—¡Deje a mi hijo, déjelo! —chilló la mujer.

—Dígale que se quede quietecito o tendré que darle algún mal golpe.

—¿Por qué, por qué hace esto con Jimmy?

—Señora, su hijito... Bueno, me lo llevo bajo la acusación de violación y asesinato de la bibliotecaria Nathaly Sapinsky.

Lo empujó al automóvil y lo encerró en él. Lo sujetó con otras esposas a una barra que tenía para aquellos casos y subió al volante.

—¡Jimmy, Jimmy! —gritaba la viuda Omerson mientras su hijo pegaba su rostro babeante al cristal y el coche se alejaba.

CAPITULO II

Cuando el comisario Perkins arribó al estadio de rugby, se podían oír los rugidos por encima del vallado que lo circundaba.

Vio elevarse el balón apepinado por el aire y desaparecer después, como engullido. Se volvió a oír un clamor.

Dejó su coche y se internó en el estadio, yendo directamente a la tribuna de autoridades donde le aguardaba su mujer Martha y también era posible que hubiese acudido Hal para ver jugar a su hermano Danny.

Nada más verle, el alcalde se levantó de su butaca, seguido por sonrisas y miradas de cuantos le rodeaban.

—Bravo, Bob, tu continuidad en el comisariado está asegurada, has hecho un trabajo rápido y eficiente.

—¿Ya se han enterado de todo?

—Por supuesto, las noticias vuelan.

—¡Bravo, Bob, bravo! —le dijeron otros, perdiendo momentáneamente atención en los jugadores que corrían sobre la hierba.

—Bueno, no tiene importancia —dijo, falsamente modesto—. He encontrado pistas y...

Se colocó al lado de su mujer, como si fueran un matrimonio feliz y ejemplar y preguntó:

—¿Cómo va nuestro hijo?

—No sé, no entiendo. Para mí, todos son iguales, corren y corren...

—Hace lo que puede, pa.

—Ah, Hal, estás aquí. ¿Cómo que hace lo que puede? Tu hermano Danny puede ser el mejor del equipo, ya quisieras tú estar en su lugar.

—No lo creo, pa, aunque me gustaría mucho que Danny fuera el mejor.

Los ojos del comisario Perkins se clavaron en la espléndida muchacha que se hallaba al lado de su hijo Hal. Era una joven muy esbelta, bien dotada de curvas, pero sin excederse en ellas. Debía tener carnes prietas. Sus ojos eran maravillosamente verdes y luminosos y su cabello, largo, castaño rojizo. Sus labios eran sensuales, su nariz algo respingona.

—Vas muy bien acompañado, Hal.

—Te presento a Cissy.

—¿Es tu chica?

—Por lo menos, lo, intento.

—Encantado, Cissy —Le cogió el rostro y le dio sendos besos en las mejillas que ella no rechazó—. Hal es un buen muchacho, saca buenas notas, eso es cierto, pero no juega rugby, básket ni béisbol. ¿Adónde se puede llegar, siendo así?

—Adonde él quiera, míster Perkins.

—Por favor, Cissy, llámame Bob como hacen todos.

Era evidente que el comisario Perkins había quedado impresionado por la

joven y bellísima Cissy.

—De modo que el asesino de la bibliotecaria ha sido Jimmy —le preguntó Martha.

—Sí, el «doc» le ha hecho una revisión, pero cuando lo ponga en manos del fiscal del condado lo pasarán por un comité de psiquiatras.

Desvió la atención de su esposa para pasarla a Hal. Mirándole a él, podía ver también a Cissy. Sus ceñidos pantalones amarillos atrajeron su mirada como si fuera un electroimán de extraordinaria potencia.

—Perdemos por diez a tres —le dijo Hal.

—Vaya, sí que vamos mal.

—¿Decías que los psiquiatras observarían a Jimmy? —insistió Martha.

—Sí, claro, y un gran jurado se encargará de decidir.

—¿Pena de muerte?

—No creo, es un idiota. Lo encerrarán en el psiquiátrico y lo mejor sería darle una sobredosis.

—¿Sobredosis, de qué?

—Imagínatelo. ¿Para qué darle más tiempo de vida? Es un peligro para la ciudad, claro que como es un idiota irreversible, seguro que jamás sale del sanatorio. Esperemos que el viernes por la noche, cuando los asiduos de las cantinas estén borrachos, no se le ocurra a nadie pedir su linchamiento como diversión.

—Tú no vas a consentir eso, ¿verdad?

—No, claro que no. Modern City es una ciudad tranquila, no vamos a salir en los periódicos estatales por el linchamiento de un idiota aunque sea un violador y un asesino.

De nuevo, se produjo un rugido. El alcalde le gritó al comisario Perkins:

—¡Bob, Bob, es tu hijo!

—Vaya con el muchacho...

Vio como entre varios compañeros sacaban a Danny del campo. Danny era alto, corpulento; no era el más veloz, pero cuando placaba a alguien, era seguro que lo pegaba a la hierba y ya no podía escapar.

—Un momento, un momento —les dijo a Martha y a Hal—. Parece que a mi hijo lo van a suplir y eso no es posible, así no van a remontar el resultado...

—No intervengas, Bob —le pidió su mujer.

—¡Déjame!

Abandonó su asiento, bajó junto al campo y fue en busca del entrenador.

—Eh, Chap, ¿por qué sacas a mi hijo del campo?

—Porque ha recibido duro y no se encuentra bien.

—¿Duro? Mi hijo es el más fuerte de todos, es capaz de aguantar la embestida de un búfalo.

—De un búfalo, puede, pero no del negro que llevan en el equipo nuestros adversarios.

El comisario Perkins buscó con la mirada al hombre de color y lo descubrió inmediatamente. Era también un gigante, pero menos entrado en

carnes que su hijo.

—Maldito negro...

Se acercó a Danny que se había dejado caer sentado sobre la hierba, pegando la espalda contra el enrejado.

—¿Cómo va eso, Danny, cómo no les has marcado veinte tantos?

Danny tosió y sacó sangre por la boca.

—Vamos, chico, eso no es nada, a la ducha.

—Será mejor que le vea el «doc» —dijo el entrenador, acercándoseles sin perder de vista el juego de su equipo que, obviamente, aquel día sería perdedor.

—Me voy a la ducha —dijo Danny. Volvió a toser, esputando sangre.

El entrenador observó:

—Pudiera ser que le hubiesen roto una costilla.

—Hum, no creo. A mi hijo no le rompen un hueso ni con un obús.

Bob Perkins, molesto por lo sucedido, regresó a su asiento.

—¿Cómo está Danny? —preguntó la esposa.

—Bueno, hoy no es su día, pero si lo hubiera sido, habríamos ganado.

El alcalde inquirió desde su sitio:

—Eh, Bob, ¿cómo está tu hijo?

—Le han dado duro, el negro ese que llevan nuestros adversarios ha debido pegarle a traición. Bueno, se repondrá en seguida y el próximo partido rodarán mejor las cosas.

—Eso esperamos todos. Ah, no dejes que entre demasiada gente en la estación de policía; Jimmy es un idiota peligroso, pero no es ningún macaco para exponerlo tras las rejas.

—Descuide —se volvió hacia su hijo Hal que tenía un libro sobre las piernas y una revista en la mano y miraba el juego con cierta apatía.

—Creo que será mejor que nos vayamos —opinó Hal, mirando a su compañera.

—Eh, Hal, tráete a cenar a Cissy esta noche.

—Lo siento, pa, pero Cissy, como te habrás dado cuenta, no vive en Modern City sino en New Little Spring.

—Bueno, no está tan lejos, no llega ni a cien millas. Ya la acompañaremos en coche a su casa.

—Gracias, manejo mi propio automóvil —respondió la joven, sin rechazar la invitación.

—De todos modos, llegarías muy tarde a la casa de tus padres —objetó Hal.

—Les llamaré por teléfono —dijo Cissy.

—Si tus padres quieren que yo les hable —dijo el comisario—, no tengo ningún inconveniente.

—Gracias —contestó ella, sonriendo— pero saben que sé cuidarme sola.

—¿Nos vamos, Cissy? —le preguntó Hal, levantándose.

El comisario lanzó una mirada de desagrado a Hal. Siempre se había

considerado muy superior a su hijo, pese a que jamás había demostrado la aptitud para el estudio y la investigación que sí poseía Hal, el cual, además, sabía tocar el piano y otros instrumentos musicales, facultad que parecía haber heredado de su madre.

Cuando concluyó el partido, las autoridades de la tribuna prefirieron no mirar hacia su equipo derrotado y optaron por charlar con Bob Perkins, el comisario que acababa de conseguir un gran éxito, en opinión de todos, al identificar rápidamente a Jimmy, el idiota, como el asesino de la bibliotecaria. A los ciudadanos de Modern City no les gustaba que hubiera un crimen pendiente de resolver, principalmente porque eso significaba que el asesino andaba suelto.

—Pude encontrar las pistas en seguida. Hemos sacado moldes de las huellas de Jimmy y, además, están los golpes recibidos por el idiota.

—Pero, ¿ha confesado? —preguntó uno de los que se le habían acercado.

—No, eso no, pero ¿quién espera que un idiota confiese un crimen? Se pone a llorar cuando se le pregunta demasiado, es como si tuviera un ataque epiléptico.

Pasó muchas horas en la estación de policía. A solas, entró en la celda de Jimmy.

—Mira, Jimmy, lo mejor para ti y para todos, incluido el tesoro de la ciudad, es que confieses.

—¿Confesar?

—Sí, tú violaste a Nathaly Sapinsky.

—¿Violar?

—No me digas que no sabes lo que es violar... Hace horas que venimos preguntándote lo mismo.

—Yo, yo sólo me, me...

—¿Me qué?

—No me acuerdo, no me acuerdo.

Bruscamente, se levantó y empezó a darse cabezazos contra la pared. Bob Perkins dejó que se diera unos cuantos golpes y luego llamó:

—¡Percy, ven aquí, éste se quiere partir la cabeza contra la pared y luego van a decir que lo hemos torturado en el interrogatorio!

Entre el comisario y su ayudante esposaron a Jimmy al catre. Después, el comisario llamó al fiscal a quien le dijo:

—Se va a matar. Estas celdas no son loqueras con paredes acolchadas, de modo que es mejor que lo trasladen a un psiquiátrico.

—¡No, no, mamá, mamá! —gritó Jimmy, aferrándose a los barrotes con las manos para que los enfermeros que acababan de llegar no le pusieran la camisa de fuerza.

Fue inútil, no pudo impedirlo y se lo llevaron.

Cuando eso hubo ocurrido, Bob Perkins suspiró aliviado.

—Uf, menos mal. Después de todo, estará mejor en la loquera.

—Ha sido un caso muy sencillo. Se ha librado de que lo linchen porque la

bibliotecaria no era de aquí y era mayor, en cierto modo.

—¿Tú crees que era mayor?

—Bueno, no era ninguna niña. Si hubiera sido una muchachita de la ciudad...

—¿No crees que a muchas mujeres las violan porque ellas provocan la situación?

El ayudante se rascó la base de la nuca con el índice izquierdo en actitud pensativa.

—Pues, algunas sí lo parece por la forma en que se visten.

—Dime, Percy, ¿tú no te hubieras acostado con la bibliotecaria si hubieses podido?

—Bueno, una cosa es acostarse con una mujer y otra, violarla y asesinarla.

—Yo sólo te he preguntado acostarte.

—Pues sí, claro.

—Seguramente, ella se llevaría a Jimmy en el coche para que la sobara un poco. El chico no diría nada y aunque lo contara, nadie iba a creerle. Me da pena el idiota. La tipa esa era una caliente que se las daba de estrecha, pero claro, Jimmy debió animarse en exceso y... pasó lo que pasó. No digo que ella mereciera lo que le ocurrió, pero...

—¿Vas a contarle eso al juez?

—OH, no, claro que no. Si la vida de Jimmy estuviera en peligro, puede que lo hiciera, pero como después de todo sólo van a encerrarlo en la loquera, se le defienda o no...

Aquella noche, el comisario Bob Perkins se vistió con la ropa más juvenil que encontró en su ropero y bajó a recibir a Hal y a su joven y bella amiga antes de la cena.

—Hola, Cissy. ¿Te ha dado mucho latazo mi hijo Hal?

—No crea, Bob. Hal es muy inteligente y nos lo pasamos muy bien.

—¿Charlando de filosofía? —rezongó, perplejo, a la vez que burlón.

—Sí, ¿por qué no?

—Cissy —suspiró Hal—, mi padre sólo cree en la fuerza física y a la mente le da sólo el valor de la astucia.

—Para ser el primero, hay que ser fuerte, el más fuerte —dijo el comisario Perkins y añadió—: Como en una manada de caballos, el garañón más fuerte es el que se lleva a todas las yeguas y lo mismo ocurre con los toros o los ciervos.

—Resulta que nosotros somos seres humanos —objetó Hal.

—Me temo, Cissy que si te casas con Hal te vas a aburrir mucho, sobre todo por las noches —la cogió del brazo y le mostró la pared—: Fíjate, ahí tengo siete medallas cobradas en Corea, tengo hasta el «corazón púrpura» y por aquel tiempo, yo era un chaval como ahora lo es Hal. También tengo aquí otros trofeos, de rugby, de competiciones policiales. Hasta gané un campeonato de boxeo como peso medio, claro que por aquel entonces, estaba algo más delgado, pero sigo siendo buen encajador.

—Vamos, vamos, Bob —le reconvino su mujer—, pareces un pavo real.

—¿Dónde está Danny? —preguntó Bob Perkins, percatándose de que se ponía demasiado en evidencia.

—No se encuentra muy bien —dijo Martha—. Tose mucho.

—Bah, que baje a cenar.

—No se encuentra bien —insistió ella.

—¡Que baje! —ordenó, tajante.

Danny bajó a la mesa. Tosió y manchó el plato de sangre.

Hal sugirió:

—Sería mejor que lo llevases al «doc» o que el «doc» viniera aquí. Mi hermano no está bien.

—Tú te callas, en esta casa quien da las órdenes y toma decisiones soy yo. Danny está bien, mañana se encontrará mejor.

—¿Qué dices a eso, Danny? —preguntó Hal.

—No es nada, nada, se pasará. Ya tuve algo parecido hace un mes, en otro partido, y ahora se me ha reproducido.

—Danny, tú eres el blindado humano y te has de cargar a todo el que se te ponga por delante. Si practicaras más la velocidad, podrías llegar a ser el mejor.

Bob Perkins trató de acaparar la atención sobre sí, pero el ambiente se enrareció por culpa de su actitud egocéntrica.

—Bueno, creo que debo marcharme. Es muy tarde y tengo mucho camino que recorrer —dijo Cissy.

—¿No sería mejor que llamaras por teléfono a tus padres y les dijeras que te quedas aquí, en la habitación de huéspedes?

—Oh, no, no es necesario —replicó ella—. Conduzco bien aunque sea de noche.

—Pero es peligroso —objetó Martha.

—No teman, no me ocurrirá nada. He hecho este viaje muchas veces.

—Yo iré con ella —dijo Hal.

—No es necesario, Hal —le dijo el padre—. Que Cissy vaya en su coche y yo iré tras ella, escoltándola hasta cerca de New Little Spring.

—Eso es demasiado, no tienen que molestarse por mí.

—Bueno, sólo te escoltaré unas millas —aceptó Bob Perkins—. Después de todo, soy el comisario de este lugar.

—Bueno, no está mal —aceptó Martha—. Hija —le dijo con confianza—, cuando prosigas el camino sola, no te detengas por nada.

—No tema. Voy veloz y me pongo un gorrito y unas gafas y no se nota que soy una mujer.

—Eso es difícil —opinó Bob Perkins.

Cissy se despidió y subió a su coche. Bob Perkins tomó el suyo y los dos automóviles desaparecieron entre las farolas de la calle.

Poco después, dejaban atrás Modern City y se alejaban por la carretera.

Bob Perkins puso una cassette en el magnetófono y el automóvil se llenó

de música.

La carretera discurría cerca del río y luego se separaba de él para, entre curvas, pasar junto al bosque de Grass Plat.

Tras doblar una curva, cuando el coche de Cissy parecía haberse alejado demasiado de forma incomprensible, lo descubrió parado fuera de la carretera, junto a unos árboles.

Pisó el freno con brusquedad, las luces centellearon en la noche.

Hizo retroceder su vehículo hasta colocarse delante del de ella y después, se apeó.

Cissy estaba en pie entre las luces de los faros. Su figura, arrebatadoramente femenina, quedaba recortada por las luces.

A Bob Perkins le pareció que la muchacha era un fantasma tentador. Tragó saliva con dificultad y consiguió preguntar:

—¿Le ha pasado algo al coche?

—No, no, es que tengo curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Sí, ¿no es por aquí donde violaron y asesinaron a la bibliotecaria?

—Pues sí.

—¿Y no podría ver el lugar en concreto?

—Sí, claro, por supuesto. Está cerca, aunque como es lógico, ya han retirado el cadáver y el coche, no queda nada aquí.

La mujer echó a andar y Bob Perkins la siguió. Pudo oír el rumor de sus propios pasos, el canto de un gran búho que debía estar cerca, al acecho de los roedores nocturnos.

—Es ahí —dijo, señalando entre unos árboles.

Ella quedó quieta y luego, se refugió en el pecho del comisario.

—Qué miedo, qué horror, ser violada y asesinada...

Las manos de Bob Perkins se alzaron instintivamente y se posaron sobre la espalda de la joven y bellísima Cissy. Sintió temblar el cuerpo femenino, palpó su calor y cuando comenzó a sentirla como suya, ella pareció leerle el pensamiento y escapó corriendo. Se detuvo frente al río.

—Qué hermoso, cómo brilla. Hay una luna espléndida. ¿Estará fría el agua?

—Seguro, no es el mejor tiempo para bañarse.

—Probaré —dijo ella.

Se quitó el ajustado jersey que llevaba y sus pechos, turgentes, erguidos, de pezones largos como puntas de lanza, oscilaron en el aire. Bob Perkins volvió a tragar saliva.

—Eres, eres hermosa, jodidamente hermosa, pero también eres una zorra —masculló.

Cissy se echó a reír. Agitó su cabello y también sus senos que danzaron ante los ojos del hombre.

—¿Qué le pasa, Bob, se siente toro-toro? —Y volvió a reír, provocativa.

El hombre alargó sus manos para cogerla y ella se zafó con una habilidad

sorprendente para él. La persiguió, pero Cissy le fintaba con una agilidad que excitó la furia y el deseo del comisario que resoplaba como un búfalo embistiendo. Ambos corrían sobre la hierba, cerca del río.

Ella no huía gritando, reía, reía retozona, esquivándole, demostrando la flexibilidad que poseía en todo su atractivo cuerpo.

Bob Perkins tenía los ojos encendidos, la cara roja, pues se agolpaba la sangre en ella y en su sexo mientras las piernas le flaqueaban.

Al final, dobló las rodillas y cayó, quedando a gatas, buscando aire con la boca abierta para inflar sus pulmones que parecían congestionados.

Cissy saltó sobre él a horcajadas, montándolo como si fuera un caballo. Gritó, riendo, y le frotó los muslos contra sus costados. Bob Perkins se revolvió para atraparla, pero ella saltó, escapándosele. El cayó de espaldas contra el suelo alfombrado de espesa hierba.

—Está bien, tú ganas —bufó, faltándole aire, viéndose incapaz de alcanzarla.

Frente a él, en pie, con las piernas separadas, Cissy osciló su cuerpo, se rió de él con una carcajada que se expandió por aquel bosque al que acudían los enamorados ansiosos de sexo. Un fuerte rumor de croar de ranas llegaba hasta ellos, como una orquesta monótona, sin ideas, implacable e incansable a la vez. La luna seguía sobre ellos, ofreciéndoles un flujo inacabable de luz blanca que plateaba sus cuerpos. —Te gustaría poseerme, ¿verdad, Bob?

—Sí, claro que sí.

—¿Qué harías conmigo, Bob, qué harías si me alcanzaras? —preguntó, haciendo más grave y profunda su voz.

—Te acariciaría, te besaría, te mordería, te penetraría, te... Siguió diciendo cosas mientras ella celebraba con carcajadas las aberraciones que a él se le ocurrían.

—Pero, no vas a hacerme nada, nada, si yo no quiero. Claro que podría querer que me hicieras todo eso que has dicho aquí, en la soledad de este bosque, sin que nadie se llegara a enterar jamás, si a cambio...

Como que ella prolongaba la pausa excesivamente, él inquirió:

—¿A cambio de qué?

—Cumplieras exactamente lo que yo te pidiera.

—Dalo por hecho.

—Has de jurarlo, tienes que jurar que si yo me entrego aquí esta noche, para que satisfagas todos tus deseos como jamás lo has hecho antes, porque gozarás de mí lo que ni siquiera te puedes imaginar y yo haré que tu placer dure y dure como nunca ha durado antes...

—Pareces una bruja.

—Que tú deseas poseer, ¿verdad?

—¡Sí, sí! —gritó.

—Jura que cumplirás lo que te pida y si no lo haces, que tu cuerpo se pudra y mueras en medio de grandes sufrimientos que ninguna droga te pueda calmar.

—Sí, lo juro, lo juro.

—Di conmigo, repite mis palabras... Juro que cumpliré el deseo que me exijas.

—Juro que cumpliré el deseo que me exijas.

—Si no cumplo lo que me pidas...

—Si no cumplo lo que me pidas... —repitió el hombre.

—Que me pudra en vida y muera en medio de atroces sufrimientos.

—Que me pudra en vida y muera en medio de atroces sufrimientos.

—Magnífico, Bob. Ahora, disponte a gozar. Quiero que mis chillidos de placer y tus rugidos se oigan a todo lo largo y ancho del bosque —le dijo ella. Y se arrodilló junto a él, entregándole sus pechos que no tardaron en desaparecer entre las ansiosas manazas del hombre.

* * *

Un fuerte aleteo por encima de su cabeza le despertó, le arrancó de un profundo sueño. Le dolieron los párpados al abrirlos y tuvo la impresión de que no podría levantar ni los brazos.

—Joder, ¿cuánto habré dormido? —se preguntó con voz oscura y pastosa como la de un borracho. Cerca de él, tirada en el suelo, estaba su botella de whisky vacía.

Si alguien le hubiera dicho que hacía tres o cuatro días que dormía, Bob Perkins, el comisario de Modern City, se lo habría creído.

La luna redonda brillaba entre las copas de dos grandes pinos rojos, como si fuera una luz focal que alguien manejara para mantenerle vigilado.

Miró la hora.

—Las doce y cinco... ¿De qué día?

Las ranas continuaban su incansable croar.

Había una gran humedad y sintió frío. Descubrió que estaba desnudo y que tenía el cuerpo mojado. Se estremeció. Ya no sentía aquel calor infernal que le invadiera durante sus juegos amorosos con Cissy.

—Diablo de criatura, jamás he conocido otra igual, parecía pura fuego.

Se sentó sobre sus nalgas desnudas y notó la hierba contra su piel. Buscó sus ropas con la mirada y con lo primero que se hizo fue con la cazadora que se echó por encima.

«Tienes que matar a tu hijo Danny, recuérdalo, has jurado hacerlo. Mátalo con una sobredosis de droga. Tú tienes droga de la que has requisado a los traficantes y la has guardado, no sabías para qué, pero la guardaste. “Pícale” una sobredosis a Danny, morirá sin darse cuenta. Será un viaje de placer, su último viaje...»

—Está loca —se dijo, tras recordar la voz incisiva de Cissy, como si estuviera grabada en una cinta magnética y el reproductor se hallara dentro de su cráneo—. Bah, cualquier otro día la cazaré, esa yegua no será para Hal —se rió levemente—. Es demasiada yegua para él.

Se puso en pie y dio un brinco de dolor.

Recordó que habían estado fumando «hierba» y que ella había aplicado en varias ocasiones la punta del cigarro contra la planta de su pie, riéndose sádicamente. El sólo había sentido unas puntaditas, unas picaduras sin importancia, pero ahora, al apoyar el pie en el suelo, sufría todo el dolor de las sádicas quemaduras conque la joven le obsequiara.

—Maldita perra, le gusta jugar a sádica —se quejó.

Recogió sus cosas, se vistió y regresó al coche. De Cissy no quedaba ni rastro, se había disuelto en la noche mientras él dormía y, sin embargo, había dormido poco tiempo, pero en su cabeza se fueron repitiendo las obsesivas palabras de Cissy:

«Tienes que malar a tu hijo Danny con una sobredosis de droga. Has jurado hacer lo que te pidiera, lo has jurado. Si no cumples, que tu propia maldición caiga sobre ti.»

CAPITULO III

Se adentró en el cementerio de noche.

Llevaba la linterna en la mano, pero no estaba encendida, su haz luminoso no era preciso porque había plenilunio tras unas nubes que impedían ver la luna directamente.

El cementerio le pareció más ancho, más grande, más lúgubre que nunca.

Se fijó en las tumbas y no las reconoció. Intentó leer nombres sin conseguirlo. Era como si, de pronto, sus ojos necesitaran cristales graduados.

Escuchó unos lamentos agudos y se dijo que era un coyote, aunque no estaba muy seguro de que lo fuera. Aquellos lamentos le parecían demasiado humanos.

El comisario Perkins siempre había alardeado de no tener miedo a nada, y más delante de su mujer y de los Castle, tan aficionados al espiritismo.

¿Por qué estaba en el cementerio?, se llegó a preguntar cuando avanzaba entre las sepulturas.

Observó entonces que eran tumbas desconocidas, tumbas que semejaban diminutas y siniestras capillas, hechas en hierro oxidado, en bronce, que en la noche parecían negras.

Daba la impresión de que si se abrían las cancelas de aquellas pequeñas capillas en las que un hombre no cabía de pie, iba a salir alguien, un muerto quizás.

A lo lejos descubrió una luz tenue y avanzó hacia ella, era la luz de una lámpara de petróleo. El camino se le hizo largo, interminable. Sus pies se fatigaban, se tornaban pesados, el suelo se reblandecía y parecía de barro.

Al fin, llegó junto a una fosa recién abierta.

Allí había un ataúd destapado, iluminado por la lámpara de petróleo que sostenía un sepulturero que en la otra mano tenía una pala sobre la que parecía apoyarse, como si fuera una tercera pierna.

Dentro del ataúd yacía un hombre desnudo. Se fijó en su vientre, en su abdomen. Estaba podrido, lleno de gusanos que se retorcían y entremezclaban, saliendo y entrando en el cuerpo corrupto.

Sintió náuseas, unas terribles náuseas que le llevaron a las arcadas y le hicieron doblarse sobre sí mismo. De pronto, descubrió el rostro del cadáver y se horrorizó aún más.

—No, no puede ser —exclamó al reconocer su propio rostro en aquel cadáver.

No cavia duda, era él mismo. La cara no estaba putrefacta como sí lo estaban todas sus vísceras, pero tenía el reflejo del dolor en él.

—¿Qué significa esto? —preguntó al sepulturero que sostenía la lámpara de petróleo en su mano.

El sepulturero se giró hacia él y entonces descubrió que era una calavera, una horrible calavera parlante.

—La maldición ha caído sobre ti. Morirás, a menos que cumplas tu juramento.

La voz grave y lúgubre, una voz que se rompía, acababa de decirle lo que él ya sabía.

—¡No, no puede ser, esto es una estupidez, no, no! —gritó.

Se llevó las manos al estómago, como clavando los dedos en él y, de pronto, la pared abdominal cedió y por entre sus dedos aparecieron gusanos que brotaban de su propio cuerpo mientras una oleada de olor pútrido le invadía, ahogándole.

—¡Despierta, despierta!

Se revolvió en la cama. Despertó y descubrió a su mujer junto a él. La habitación estaba iluminada por una débil luz que no dañaba a los ojos.

—¿Dónde estoy?

—En casa, en tu cama —le respondió Martha, calmándolo pero sin amor.

—He tenido una pesadilla.

—Eso parece.

—Me duele el estómago, el hígado, las tripas...

—No me extraña. Has bebido demasiado después de cenar, has comido demasiados fríjoles y carne, una cena pesada, eso es todo. Por cierto, hueles muy mal.

—¿Que huele mal? —preguntó, un tanto asustado.

—Sí, hueles muy mal.

Bob Perkins no volvió a dormir aquella noche. Tenía miedo de caer de nuevo en la alucinante pesadilla.

El dolor en todo su abdomen era intenso. Se levantó de la cama y fue al aseo. Trató de evacuar y fue inútil. Todo hedía en torno suyo.

Buscó unos calmantes y se los tomó en dosis doble, pero no le hicieron el más mínimo efecto. Al día siguiente no pudo desayunar, pero fue presa de violentas arcadas.

—Caramba, pa, hueles a demonios —le observó Hal.

—No seas idiota —rechazó Bob Perkins.

—Será mejor que vayas al «doc», quizás con unos purgantes —sugirió la mujer.

—Y Danny, ¿cómo está?

—En la cama —contestó Hal—. Ha tosido durante la noche, es necesario que vaya al médico también.

—Esto va a parecer un hospital —gruñó Bob Perkins.

Antes de montar en su automóvil, vomitó lo poco que había desayunado.

Fue a la estación de policía, su ayudante le esperaba.

—¿Hay alguna noticia sobre Jimmy?

—El ayudante del fiscal ha dicho que pasaría a las doce por aquí, quiere hablar contigo.

—Muy bien —aceptó, sentándose tras la mesa.

—¿Qué te ocurre, Bob?

—¿A mí?

—¿Estás demacrado y, la verdad, hueles muy mal. Bueno, no te lo hubiera dicho —se disculpó al descubrir un brillo colérico en los ojos de su superior — si no pensara que es porque te encuentras mal.

—¡Al diablo todos! —chilló—. Si alguien pregunta por mí, estoy en el «doc».

Se levantó de la mesa, se encasquetó el sombrero y abandonó la comisaría.

Fue a ver al doctor Turner que le hizo pasar por delante de otras visitas que aguardaban.

—Sí, ya vi en el partido que tu hijo no se encontraba muy bien.

—Mi hijo no está muy bien, cierto, pero se trata de mí.

—La verdad es que hueles mal. ¿Cómo andas del estómago?

—Estoy como bloqueado. No he podido dormir, he tenido pesadillas. Me duele mucho por aquí —se pasó la mano por el abdomen.

—Quítate la cazadora y afloja los pantalones, voy a hacerte un pequeño examen.

El médico estuvo tocándole y luego le auscultó. Su gesto se fue haciendo sombrío. Perkins, que se había quejado de dolor cada vez que le oprimía, preguntó:

—¿Cómo estoy?

—Había pensado que podían ser gases contenidos.

—¿Y?

—Pero, ¿qué me pasa? —gruñó, sentándose en la camilla.

—Te haré un volante para que te atiendan en el Medical Center, ve cuanto antes.

—¿Medical Center, para qué?

—Te harán unos análisis, te mirarán por pantalla, te harán algunos fonos y posiblemente una biopsia.

—¿Biopsia? —Quedó pensativo y con voz grave, preguntó—: ¿Cáncer?

—No lo creo, pero es mejor que te atiendan en el Medical Center y sin demoras. Existen procesos lentos, pero hay otros que son muy rápidos.

—No se ande con rodeos, «doc». Es cáncer, ¿verdad?

—No puedo asegurar nada. Sólo puedo enviarte a los especialistas, ellos dirán. No pierdas el tiempo.

De pronto, sintió un fuerte dolor en el abdomen y se inclinó sobre sí mismo.

El doctor preparó un inyectable, le tomó el brazo a Bob Perkins y le inyectó el líquido sin oposición por parte del comisario, el cual quedó tendido en la camilla.

—Será mejor que descanses aquí un par de horas —le dijo.

Bob Perkins no se opuso. El médico le dejó solo y fue a despedir a todos los pacientes que no tuvieran alguna urgencia.

A Bob Perkins le entró una gran relajación que le hizo olvidar que tenía cuerpo. Perdió el sentido sin darse cuenta de ello y confundió sus

pensamientos con la realidad.

—Hola, Bob —le dijo Cissy.

La vio a su lado, con sus maravillosos senos al descubierto. Intentó alargar sus manos hacia ella, pero las manos no le obedecieron.

—Ya has empezado a pudrirte, Bob. Todavía estás a tiempo de cumplir lo que juraste. Dale una sobredosis a Danny y no te ocurrirá nada. De lo contrario, morirás. Los dolores pronto serán insoportables y ninguna droga los podrá calmar, sólo terminarán con tu muerte.

—¿Eres, eres una bruja?

Cissy desapareció.

Aquella noche, tuvo más dolores que la anterior y no logró dormir. Su mujer, después de verle dar tantas vueltas, le dijo:

—Será mejor que tomes un calmante.

Salió de la casa y anduvo por el jardín. Tuvo la impresión de oír lamentos en torno suyo, lamentos que podían llegarle desde más allá de los árboles; sin embargo, aquellos lamentos parecían salir de su propia garganta.

—¡Hal!

El muchacho, que a la mañana siguiente se disponía a marchar al college, se volvió hacia él. Tras mirarle, comentó:

—Tienes muy mala cara.

—Oye, ¿dónde vive Cissy?

—¿Cissy?

—Sí, Cissy.

—¿Por qué?

—Verás, quiero conocer a sus padres.

—¿Para qué?

—¡Deja de hacer tantas preguntas y dime donde vive! —exigió, tajante.

—Mira, pa, será mejor que nos dejes tranquilos.

—Hal, va en serio —cogió su brazo amenazadoramente—. Tengo que verlos. O me lo dices o voy directamente a visitar a mis colegas de New Little Spring para que me informen.

—Pero, ¿qué es lo que buscas, pa?

—Ya te lo contaré. Ahora, dime su dirección o buscaré por mi cuenta.

—Si no me dices de qué se trata...

La imaginación de Bob Perkins funcionó aceleradamente.

—Se trata de un accidente de tráfico.

—¿Le ha pasado algo a ella?

—No exactamente. ¿Vas a decírmelo?

Hal partió hacia sus estudios con el ceño fruncido.

El comisario Perkins aguardó a perderlo de vista, tomó su coche y partió hacia New Little Spring. Pasó junto a Grass Plat y recordó las experiencias allí vividas, todas ellas muy intensas.

Bob Perkins no era hombre de remordimientos de conciencia; era activo, vital, demoledor. Si salvaba a alguien de un peligro, no lo hacía por el

prójimo sino en relación a valorizar su propia acción.

Si para Bob Perkins había algo importante en el mundo, ese algo era Bob Perkins. Por ello, el temor a morir rápidamente de cáncer, en medio de intensos dolores, le aterrorizaba.

Circuló a gran velocidad, rebasando a otros vehículos. Devoró las millas en poco tiempo y no tardó en encontrar la calle y la casa que Hal le indicara.

Estacionó el coche y un gran perro pastor alsaciano le recibió gruñendo, mostrándole los colmillos. Bob Perkins cojeaba al caminar; pese a las pomadas que había puesto en sus pequeñas heridas de la planta del pie derecho, éstas le dolían intensamente.

—¡Quieto, «Dog», quieto! —ordenó una mujer que, en cierto modo, recordaba a la bella Cissy.

—Buenos días, señora. Me llamo Perkins y deseo hablar con Cissy. ¿Es su hija?

—¿Qué quiere de ella?

—Hablar unos minutos. Cissy sale con mi hijo Hal.

—Ah, pues lo siento, pero está en la academia de danza.

Bajo la estricta vigilancia del pastor alsaciano que continuaba mostrándole sus agresivos colmillos, Bob Perkins tomó la dirección de la academia y aguardó a que saliera el alumnado.

Entre él distinguió a Cissy. Le pareció tan hermosa como siempre, pero había algo en ella que la hacía pura, virginal.

—¡Cissy!

Ella se volvió, le miró primero con desconcierto y luego se le iluminaron los ojos.

—¡Bob, comisario Perkins!

La cogió del brazo y la apartó de los demás, llevándosela hacia su coche.

—Te voy a llevar a tu casa.

—Es que yo voy con los compañeros...

—Tengo que hablar contigo.

—¿Qué sucede?

La introdujo en el coche bajo las miradas curiosas de los demás alumnos de la academia. Bob Perkins puso en marcha el vehículo y se alejaron de aquel lugar.

—Vamos, Cissy, yo no creo en maldiciones, males de ojo ni nada por el estilo, pero preferiría que me dijeras qué es lo que hiciste.

Cissy parpadeó, desconcertada.

—¿Puede repetir? No entiendo nada.

—Vamos, no te hagas la tonta. Eres una zorra —silabeó, cogiéndole el muslo con su manaza.

Cissy le cogió la muñeca y trató de liberarse de él, pero no era fácil, él apretaba sus dedos con fuerza.

—¡Suélteme!

—Al imbécil de mi hijo podrás engañarlo, pero a mí no, yo no soy ningún

idiota y tú eres una zorra.

—¡Es intolerable su comportamiento!

Bob Perkins pisó el freno debido a un cruce en el que aparecieron otros coches y la joven aprovechó para abrir la portezuela y saltar a la calle. Los dedos del hombre, al tratar de sujetarla, le rasgaron la pernera del pantalón.

—¡Eh, espera, no te vayas! —gritó, acercando el automóvil a ella.

Cissy le miró con miedo y echó a correr por la acera. El hizo subir el coche a la acera y la siguió, tratando de acorralarla.

Le cerró el paso contra unos setos y paró el coche. Saltó sobre la hierba que allí había.

—¡Quieta, zorra!

—¡Socorro! —gritó Cissy, tratando de correr.

El comisario intentó cerrarle el paso, pero ella era más ágil, aunque sólo consiguió subir unos peldaños y pegarse a la puerta de una casa, hundiendo el botón del llamador.

—¡Socorro, socorro!

—¡Te voy a dar a ti, bruja de mierda! —rugió el comisario fuera de sí.

Apareció un hombre ya viejo pero armado con un rifle con el que encañonó a Bob Perkins.

—¡Quieto o le mato! —exclamó, resuelto, aunque su voz ya no era firme a causa de la edad.

—No se meta en lo que no le importa, viejo.

—Si cree que no voy a dispararle, se equivoca. Apártese de la muchacha, viejo cerdo.

—¡Soy el comisario Perkins!

—Y yo, el presidente de la Unión —replicó el anciano.

—Cissy, tú y yo tenemos mucho que hablar. Supongo que no le dirás a Hal nada de lo nuestro.

—No hay nada entre nosotros —replicó ella que se sentía más segura por el rifle del anciano.

—No te hagas la idiota.

—Le advierto que mi mujer está llamando a la policía —gruñó el viejo.

—Volveremos a vernos, Cissy, y si me siento peor, vendré a buscarte.

Se alejó hacia el coche, no queriendo saber nada con aquel anciano armado. Cissy, sin moverse de la puerta, aguardó a que el coche se alejara.

—Es un granuja, ¿verdad? —preguntó el anciano, satisfecho de su actuación.

—Muchas gracias, estaba muy asustada.

—Siempre que estés en peligro, llama a la puerta de mi casa.

Cissy se alejó y pudo ver el patrullero policial que acudía seguramente a requerimiento de los ancianos. No quiso complicar más las cosas y se alejó rápidamente, perdiéndoles de vista.

Cuando llegó a su casa, «Dog», el pastor alsaciano, la recibió dando saltos de alegría. La madre fue a recibirla y le dijo:

—Ha venido el padre de Hal a verte.
—Sí, ya lo he visto.
—¿Qué quería?
—No lo sé muy bien, me temo que estaba algo bebido.
—¿Bebido? A mí me ha parecido muy excitado.
—Quizás ha tenido algún disgusto con Hal.
—No me gusta ese hombre, Cissy.
—A mí tampoco, mamá, pero Hal sí me gusta y si él dice lo mismo de nosotras...
Aquel atardecer, Hal apareció en New Little Spring con gesto sombrío.
Consiguió hacer subir a Cissy a su coche y fue él quien preguntó mientras se dirigían al River Park:
—¿Ha venido mi padre a verte?
—¿Te lo ha contado?
—Me ha dicho que quería verte por algo de un accidente de tráfico, pero no estoy muy seguro. Mi padre, como comisario que es, está acostumbrado a emplear muchas tretas para hacer confesar a la gente.
—¿Ha ocurrido algo entre tú y él? —preguntó Cissy mientras cruzaban el puente, cubierto con tejado de madera y se internaban en el parque adonde acudían gentes al atardecer pese a que solían proliferar los mosquitos, mosquitos que resistían las fumigaciones conque implacablemente les obsequiaba el Ayuntamiento de la población.
—¿Vas a decirme lo que ha ocurrido? —preguntó Hal abiertamente, deteniendo el coche en un lugar apropiado. El río quedaba frente a ellos.
—No lo sé, Hal, no lo sé, es como si se hubiera vuelto loco, creo que había bebido. Ha comenzado a hacerme preguntas que yo no comprendía, me ha insultado y luego, yo he tratado de escapar, pero me ha perseguido en su coche...
Explicó lo ocurrido con el anciano del rifle y terminó:
—...Es posible que el viejo anotara el número de la matrícula de su coche y la policía local puede buscarle.
—¿Has hecho tú la denuncia?
—No, claro que no.
—¿Y por qué crees que te ha atacado de esa forma?
—No lo sé, Hal, los hombres sois muy especiales.
—¿Crees que le gustas? —preguntó despacio, sin dejar de mirarla.
—No lo sé, pero ¿qué puedo hacer yo, si se siente atraído hacia mí? Está loco, cree que puede agredirme, me ha hecho daño.
—¿Daño?
Ella alzó su falda y le mostró el muslo. En él se notaban las huellas de los dedos del comisario Perkins, sobre la piel blanca destacaban las manchas azules.
—¿De veras te lo ha hecho él?
—Sí, he tenido que saltar de su coche para escapar.

—¿Cómo has subido a su coche?

—Me ha metido a la fuerza, pueden contártelo mis compañeros de academia —al borde del sollozo, llena de indignación, inquirió—: ¿Y por qué, por qué tengo que darte tantas respuestas, es que él es el comisario y tú mi juez?

—Siento lo que ha ocurrido, no podía suponer que mi padre llegara a hacer una cosa semejante.

—Pues lo ha hecho y no quiero volver a verle más y no volveré por Modern City durante un tiempo, no me fío. Aquí no es nadie, pero allí es el comisario local y podría darme un disgusto si abusa de su autoridad.

—Si hace eso, si hace eso... —Hal apretó los puños.

—Yo no quiero que por mi causa te pelees con tu padre.

—Dios, Dios ¿por qué se ha comportado así? Sabía que las mujeres le excitan demasiado, pero...

—Yo no quiero excitarle. Cerca de él corro peligro, está loco, acabará en la cárcel.

—Yo arreglaré eso.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero algo hay que hacer. No se le puede permitir que se comporte de esa forma y si tengo que marcharme de su casa no dudaré en hacerlo.

—Me da miedo tu padre, Hal. Estaba como loco y, no sé cómo explicarlo, pero parecía que él y yo hubiéramos estado juntos antes.

—¿Qué pasó cuando la otra noche te acompañó?

—No me acompañó.

—Bueno, salió tras de ti, escoltándote.

—Sí, pero en Grass Plat le perdí de vista. Vigilé por el retrovisor y no le volví a ver, pensé que debían haberle llamado por alguna labor policial. Te juro que no volví a verle.

—Si él hubiera ido tan solo hasta Grass Plat...

—Es tu padre, no lo olvides.

—No voy a olvidarlo, pero si ha de pasar por un psiquiatra, haré lo que pueda para que lo visite o me marcharé, quizás eso sea lo mejor. Después de todo, siempre ha preferido a Danny. Danny por aquí, Danny por allá... Es posible que si fueras la chica de Danny no se hubiera atrevido a hacer lo que ha hecho, pero él piensa que porque no me parto la cara a puñetazos o los huesos en el rugby, no soy todo lo hombre que debería ser el hijo del comisario Perkins.

CAPITULO IV

Visitó tres médicos más, dos de ellos radicados en distintas poblaciones vecinas.

Rehuía ser internado en un centro médico; sabía muy bien que si lo hospitalizaban y su enfermedad era la que temía, no saldría vivo.

Cuando uno caía en manos de los hijos de Hipócrates, dejaba a un lado su propia personalidad para convertirse en un ser sin voluntad propia y si se ponía nervioso o comenzaban los dolores, se le inyectaban sedantes y cualquier rebeldía quedaba anulada.

—Cáncer... —se atrevió a diagnosticar el último de los médicos que visitó.

—¿Cómo puede estar seguro si no me ha hecho análisis ni una biopsia?

El doctor era ya mayor y parecía escéptico de todo y ante todo. Era un hombre que ya no se rebelaba ante la Muerte, se encogía de hombros cuando le arrebataba a sus pacientes y en compensación se iba a buscar embarazadas, haciéndoles j dar a luz aunque fuera con parto provocado con pituitrina.

—He visto ya demasiado. Evidentemente, siempre cabe la ; posibilidad de error. Los médicos solemos decir que en medicina dos y dos no son cuatro y eso es así porque no estamos seguros de nada. Si supiéramos más sobre el ser humano y esa maquinaria tan compleja que llamamos cuerpo, sí podríamos decir que dos y dos son cuatro, pero estamos en mantillas aunque pretendamos dar la impresión de que sabemos mucho. Acorazamos nuestra ignorancia con nombres complicados, si pueden ser griegos o latinos, mejor. Citamos a sabios célebres ya fallecidos y nuestros pacientes no se enteran de nada, pero a mí me gusta decir la verdad a los pacientes. Sostengo esa opinión en contra de otras opiniones de mis colegas.

Suspiró. Buscó su pipa, apretó el tabaco dentro de la cazoleta y lo encendió. El comisario Perkins no cesaba de mirarlo, era como si ya no pudiera cerrar sus párpados.

—Pero, pero, ¿así de sencillo, cáncer y ya está?

—No nos engañemos. Usted ha venido aquí sabiendo lo que le ocurría y si no lo sabía, lo presentía, seguro que ha visto a otros médicos antes que a mí. ¿No es cierto?

Bob Perkins sintió deseos de golpear el rostro del anciano que hablaba con aquel frío escepticismo de lo que a él le ocurría, se trataba de su vida.

—¡Sí, he visto a otros! —casi gritó. Se oyó a sí mismo y se dio cuenta de que su tono de voz había sido exagerado—, ¿Y si me interno en un Medical Center? —preguntó, ya con un tono de voz que encerraba algo de súplica.

—Si le abren la panza y tratan de hacerle una reducción de intestinos, a lo sumo durará una semana.

—¿Tan poco?

—Su problema está demasiado avanzado. En ocasiones, el cáncer se desarrolla a través de mucho tiempo, avanza con lentitud y sólo al' final va

rápido; pero otras veces, y ese parece ser su caso, el mal está como encerrado dentro de una cápsula que estalla y su propagación es muy acelerada.

—¿Y si no me interno?

—Puede durar un mes, quizás un mes y medio, no se puede predecir con certeza y, le seré franco, no voy a recomendarle que salga de viaje para ver el mundo que aún no ha visto, no le diré que se vaya a visitar Disneylandia. Va a tener usted muchos dolores y lo va a pasar mal. Necesitará que le cuiden y le aseguro que para quien tenga que hacerlo, no va a resultar agradable. Al mismo tiempo, se le tendrán que administrar calmantes. Puede usted dedicarse a ver los videos que más le complazcan mientras permanece internado en un centro donde no le abran la panza. Si le dan demasiados calmantes, caerá usted en un profundo estupor.

—¿Estupor?

—Sí, tendrá sueños en abundancia, pesadillas. El sentido del tiempo se perderá en su mente, una mente que usted ya no podrá dominar. Lo mismo se verá niño, jugando, que adulto en cualquier parte. Lo confundirá todo hasta que, de pronto, sus pesadillas o sueños eróticos, que de todo habrá, cesarán.

—¿Y luego?

—El entierro.

Bob Perkins tragó saliva con dificultad, era como si la nuez de su garganta hubiera engordado excesivamente o los ganglios linfáticos se le hubiesen hinchado como huevos de paloma.

—Es usted derrotista, ¿no cree?

—Usted ha venido a preguntarme. Sabía más o menos qué era lo que podía decirle, pero usted quería saber más, quería saber lo que otros colegas míos no se han atrevido a decirle. Esperaba que yo le contara lo que le aguardaba y se lo he dicho, no creo que me pueda reprochar nada. A partir de ahora, si quiere pedir consejo a alguien, pídalo a un psiquiatra o a un sacerdote, si es creyente.

—¿Y no ha pensado que después de lo que me ha dicho podría coger un revólver y pegarme un tiro?

—Ahorraría calmantes y si todavía le queda algún resto de creencias religiosas, se cerraría usted mismo la entrada al paraíso. Después de todo, matarse por miedo a la muerte es una estupidez.

Los hombros del comisario Bob Perkins semejaron hundirse.

Se levantó despacio de la butaca, como si de pronto su humanidad pesara el triple y sus músculos tuvieran dificultad para sostenerlo. Se dio la vuelta y caminaba ya hacia la puerta cuando:

—Se olvida usted de pagarme.

Bob Perkins se volvió despacio hacia el galeno y clavó sus ojos en él con cierta curiosidad.

—¿Pagarle?

—Sí, mis honorarios. Usted no es un paciente habitual mío y por consiguiente me veo obligado a cobrarle ahora. Usted no es de esta ciudad y cuando traspase esa puerta, es probable que ya no le vea nunca más, ni

siquiera en la Morgue. Lo siento, pero si los médicos sólo cobráramos por las curaciones, pasaríamos mucha hambre. Vivimos de la enfermedad, de la muerte de nuestro prójimo. Por supuesto, queremos sanar, pero no siempre se consigue y si el paciente muere, no vamos a dejar de cobrar nuestros honorarios por ello. Ahora, si piensa que somos unos carroñeros, no hace falta que lo diga; ya me lo dije a mí mismo hace mucho tiempo.

El comisario Perkins pagó con su tarjeta «Visa».

Cuando subió a bordo de su automóvil, ya no tenía moral; ésta se había escurrido de su cuerpo como si fuera un vestido demasiado holgado.

De regreso a Modern City, pisó a fondo el acelerador, los neumáticos chirriaron en las curvas. Miró un barranco que quedaba a la derecha de la carretera, pero al llegar casi a lamer el guardaraíl, hizo girar el volante.

El roce del metal contra el metal, hizo saltar las chispas.

La carrocería de su automóvil quedó rascada, pero él siguió en el mundo de los vivos.

En la carretera hizo adelantamientos suicidas y estuvo a punto de incrustarse bajo un gigantesco camión que hizo sonar su claxon furiosamente.

En el último momento, en el instante crucial, su amor a la vida siempre le empujaba a seguir viviendo y sorteaba el obstáculo.

Llegó a su domicilio y metió el coche en el garaje. Cerró la puerta y cuando estuvo seguro de que nadie podía verle, abrió un cajón de herramientas.

Lo sacó completamente y buscó tras él hasta hallar una caja. Dentro de ella había una jeringuilla y varias ampollas. Las tomó y las limpió con cuidado con un clínex para borrar sus huellas.

Entró en la casa evitando encontrarse con Martha.

Subió a la habitación de Danny que estaba en la cama, tosiendo.

Se alegró de que su hijo todavía no hubiera acudido al médico, eso simplificaba las cosas. Rompió las ampolletas, siempre cuidando de borrar sus huellas y protegiéndose los dedos con pedazos de clínex.

Danny despertó y miró a su padre, interrogante.

—Te voy a quitar esa maldita tos —le dijo, ajustando el émbolo de la jeringa.

—El próximo día jugaré, ya verás como jugaré.

—Claro que sí, Danny —asintió Bob Perkins, nervioso. Había comenzado a sudar.

—Soy el mejor, ¿verdad, pa?

—Claro, el mejor. Estuve a punto de romperle la cara al entrenador cuando te hizo salir del campo.

Danny sonrió.

—¿Sabes, pa?

—¿Qué?

—A veces tengo ganas de matar a mis rivales. Chap siempre dice «hay que atacar, atacar, atacar...». Es como la guerra, pa.

—Sí, claro, como la guerra.

Hundió la aguja en la vena que halló en el pliegue del codo de Danny. Le introdujo todo el contenido de la jeringa y le pidió:

—Sostén la jeringuilla.

Danny, que no podía recelar nada malo de su propio padre, obedeció.

Poco a poco, sintió un gran calor en todo el cuerpo y su mente comenzó a alucinarse. La imagen de su padre se distorsionaba, cambiaba de color y de él parecía salir una música como de tambor y platillos que martilleaban incansablemente sus tímpanos.

Con la meticulosidad de un asesino frío y cerebral, Bob Perkins puso las ampolletas entre los dedos del joven. Los presionó y las fue dejando caer, todo quedó por el suelo. Vio a su hijo removerse en la cama y le dijo:

—Adiós, Danny. Lo siento, lo siento, pero entre tú y yo... Después de todo, no eras el número uno de tu equipo.

* * *

Percy, el ayudante del comisario Bob Perkins, llamó a éste.

—Tu mujer está al teléfono, parece que se trata de algo grave.

—¿Grave?

Tomó el auricular y su mujer le dijo, excitada:

—¡Bob, ven a casa, es urgente!

—Pero, ¿qué pasa, por qué esas prisas?

—¡Se trata de Danny!

—¿Qué le pasa?

—¡Está muerto!

—¿Muerto? ¿Cómo, cómo ha ocurrido...? —preguntó.

—¡Ven, ven!

Colgó el teléfono y le dijo a su ayudante:

—Me voy, es una urgencia.

Condujo el automóvil con rapidez y lo estacionó delante de su casa. Penetró en ella y se encontró a su mujer, muy asustada.

—¿Lo sabías?

—¿El qué?

—Danny era un drogadicto.

—No... Bueno, sospeché que fumaba marihuana, como casi todos los chicos de su edad, pero...

—Es más grave, está en su cama.

Sabía muy bien con lo que se iba a encontrar y, de súbito, mientras subía la escalera, se percató de que ya no le dolía el estómago, el hígado ni los intestinos, nada.

Danny yacía en su cama, con las ropas en desorden. Su brazo izquierdo pendía junto a la cama; en el suelo, sobre la moqueta, había una jeringuilla y unas ampolletas rotas,

—¿Has tocado algo? —preguntó, mirando a su esposa.

—No, no he tocado nada.

Miró a su hijo, yerto en la cama, y se lamentó:

—Danny, Danny, tanto que esperaba de ti... —Se volvió hacia Martha y preguntó—: ¿Ha! lo sabe ya?

—No, desde ayer no ha aparecido por casa. Ha telefoneado y ha dicho que está bien.

—Es terrible... —De pronto, se puso a gritar, asustando a su esposa—: ¡Hija de perra, hija de perra...!

—Bob, ¿qué te pasa?

—¡Hija de perraaaaa!

Se derrumbó sobre sí mismo, cayó en la butaca y comenzó a sollozar convulsivamente, como nunca lo había hecho antes.

CAPITULO V

Intentaron llamar por teléfono sin conseguirlo.

—Qué raro, no funciona —observó Martha.

—Estarán de reparaciones —respondió Bob Perkins, indiferente.

Ya no tenía dolores^, ya no iba a morir, pero sentía sobre sí el gran peso de la culpabilidad por haber matado a su propio hijo.

A él no le habían detenido el brazo armado como a Abraham cuando Jehová le pidió que sacrificase a su hijo Isaac.

Bajó al salón y se dirigió a la puerta. Iría personalmente a buscar a su ayudante, al fiscal y al juez y le pediría un poco de discreción por lo ocurrido.

Abrió la puerta y se encontró frente a un hombre tan alto que casi llegaba al dintel. Tenía la cabeza grande y aún lo parecía más por la enorme cantidad de cabello en desorden. Era un cabello entrecano, lo mismo que su descuidada barba y bigote.

Todo él parecía sucio, desaliñado. El color de su piel era oscuro y no por ser de raza negra. Vestía como de pieles hechas jirones y llevaba un bastón que en su parte baja tenía como una cruceta. Aquel desconocido, que parecía surgido de otros tiempos, de otra época, sonreía maliciosamente.

—¿Quién eres, qué quieres?

—Soy Abrahel.

—¿Y...?

—Sé que tu hijo Danny está muerto.

Bob Perkins frunció el ceño aún más.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sé que lo mataste tú?

El comisario desenfundó su pistola Smith and Wesson «Magnum».

—¿Quién eres?

—Abrahel, ya te lo he dicho y puedes guardar tu pistola. A mí, las balas no me hacen ningún daño.

—¿Estás loco? Esta pistola está cargada con cartuchos «Magnum» 44 de alta velocidad.

—No me hacen nada y tú eres el asesino de Danny, tú le inyectaste la sobredosis.

—¡Eso es mentira!

—No seas estúpido, Perkins, a mí no me puedes engañarme. Yo mismo fui quien te pidió que cometieras ese horrendo crimen.

—¡Mientes, mientes!

—Si crees que miento, dispara —le desafió.

—¡Tú eres el traficante que le ha dado la droga a mi hijo!

A poco más de un paso de distancia, Bob Perkins jaló el gatillo.

Sintió por tres veces el empuje del arma en su mano, tres balas de alta velocidad tenían que perforar el cuerpo de aquel intruso, pero éste no se

movió lo más mínimo y siguió sonriendo con suficiencia.

—Ya te he dicho que no iban a hacerme nada las balas.

—No es posible —musitó, mirando la pistola.

Apuntó al rostro de Abrahel y volvió a dispararle por tres veces. Tuvo la impresión de ver los orificios que los proyectiles abrían en el rostro del desconocido, pero inmediatamente se cerraba y él seguía sonriendo.

—Yo puedo hacer que tu hijo viva.

—¡No puede ser, ya ha muerto!

Bob Perkins retrocedió, asustado. Era un hombre pragmático y estaba seguro de que nadie podía aguantar balazos de una «Magnum» como la que él empuñaba.

Los disparos de aquella pistola podían perforar una puerta de gruesa madera y matar a quien estuviera tras ella; sin embargo, Abrahel seguía sonriendo.

—Tú puedes conseguir que tu hijo Danny vuelva a la vida.

—¿Cómo?

Antes de dar una respuesta rápida, Abrahel, el desconocido de elevada estatura y cabellos en desorden, con un aspecto que sobrecogía e inspiraba rechazo, reflexionó:

—Si Danny vuelve a la vida, tú ya no sufrirás por ser el asesino de tu hijo. Ya no vas a morir podrido en breve plazo y si Danny revive, lo olvidarás todo como si hubiera sido una pesadilla. Sólo será como un mal sueño para ti.

—Todo te lo ha contado Cissy, ¿verdad?

—Hablaremos de ello en otro momento. Ahora, dime si quieres librarte de la culpabilidad de haber asesinado traicioneramente a tu hijo que confiaba en ti.

—Sí, quiero salvar a mi hijo, tú ganas, claro que quiero salvarlo.

—Entonces, ve a buscar a tu mujer y acude a mí con ella. No temas, Martha no ha oído las detonaciones.

—Tiene que haberlas oído forzosamente, no he usado silenciador.

—Continúas mostrándote demasiado incrédulo respecto a mí.

Bob Perkins subió a la habitación de Danny, pero Martha no estaba allí. Fue a la alcoba matrimonial y la descubrió frente a una fotografía de Danny; estaba poniendo unas velas junto al retrato.

—¡Martha!

—¿Has encontrado a alguien?

—A un tipo.

—¿Un tipo?

—Sí, un tipo que no conocemos. ¿Has oído los disparos?

—¿Qué disparos?

—¿Quieres que recuperemos a Danny?

—¿Recuperar a Danny? ¡Si está muerto!

—Puede volver a vivir.

—Imposible —se lamentó.

—¿No eres tú la que siempre ha creído en los espíritus?

—Sí, pero...

—Abajo hay un ser que asegura puede devolver la vida a Danny.

La cogió de la mano y la arrastró, haciéndola bajar las escaleras. Martha estaba visiblemente asustada. Vio al desconocido de espaldas y cuando éste se volvió y pudo verle la cara, chilló de miedo.

Bob Perkins observó que su mujer temblaba como si le estuviera pasando la corriente eléctrica por todo el cuerpo.

—¿Creéis en Dios, verdad? —preguntó, Abrahel con voz grave, profunda.

—Sí, claro —respondió Bob Perkins mientras Martha, con los ojos muy abiertos, ya no chillaba y parecía incapaz de decir nada.

—Yo no acudo todos los domingos a los oficios religiosos, pero...

—Si queréis que vuestro hijo vuelva a la vida, vais a postraros a mis pies y me adoraréis como a vuestro único dios.

—¡No, Bob, no, es el diablo! —exclamó Martha que parecía poseer una intuición de la que carecía su marido que en todos los órdenes de la vida era un individuo práctico, pegado a la tierra.

—Deja de hacerte la idiota. ¿Quieres que salvemos a Danny, sí o no?

—Sí, sí, pero...

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Bob Perkins, resuelto.

—Postraros a mis pies, adoradme como a vuestro dios. Yo os diré unas palabras que vosotros repetiréis.

—Yo me someto —dijo Bob Perkins.

Se arrodilló a los pies de Abrahel e inclinó su cuerpo hacia adelante.

Abrahel alzó su pie que estaba desnudo, lo puso sobre su cabeza y empujó hasta obligarle a tocar el suelo con la frente.

—Tú, arrodíllate también y adórame como a tu dios.

—¡Hazlo, Martha, hazlo! —exigió Bob Perkins.

La mujer, temblando, llorosa, se arrodilló, se inclinó y también el pie de Abrahel le obligó a tocar el suelo con la frente.

En aquel momento, se abrieron las ventanas de la casa sin que nadie las tocara y entró un viento arremolinado que levantó los cortinajes.

Varios objetos colocados en las estanterías cayeron al suelo, rompiéndose.

—¡Soy Abrahel y estos dos seres humanos me adoran como a su dios y yo acepto su adoración por hoy y por siempre!

Las lámparas danzaron frenéticas, los cristales estallaron en toda la casa. Era como si estuvieran en el centro de un seísmo.

Lo mismo Bob Perkins que su esposa Martha sentían sobre sus espaldas como pesadas losas que les impedían moverse.

—¡Gritad conmigo, gritad! ¡Abrahel!

—¡Abrahel! —gritaron ambos.

—¡Te adoramos como a nuestro dios!

—¡Te adoramos como a nuestro dios!

—¡Manda y serás obedecido!

—¡Manda y serás obedecido! —repetían ellos.

—¡Buscaremos prosélitos para ti!

—¡Buscaremos prosélitos para ti!

Se produjo entonces un gran fragor, les pareció que la casa iba a derrumbárseles encima, pero no ocurrió y, poco a poco, sobrevino el silencio.

Levantaron sus cabezas, temerosos. Abrahel había desaparecido.

—No está...

Martha, recelosa, clavó sus ojos en la puerta de la calle; estaba cerrada, sin embargo, las ventanas aparecían abiertas.

—Estamos condenados —musitó.

—Bah, tonterías, vamos a buscar a Danny.

Bob Perkins subió la escalera rápidamente. Entró en la habitación de su hijo Danny y le descubrió muerto como estaba antes. Una profunda decepción le invadió.

—Maldito, maldito seas, te has burlado de mí.

Sonó el timbre del teléfono. Fue un ruido que penetró en el cerebro de Bob Perkins como un fragor infernal que le sobresaltó, y el aparato no estaba en la habitación de su hijo, sino en la alcoba matrimonial y en el salón.

—Bob, es Cissy.

—¿Cissy?

—Sí, ha dicho que llevemos a Danny esta noche a la residencia de los Castle.

—¿A la casa de esa bruja...?

CAPITULO VI

Danny era tan grande como pesado y sólo vestirlo resultó una tarea ímproba, ya que había comenzado el rigor mortis.

Bob Perkins lo cargó sobre su espalda y bajó lentamente la escalera. Los pies del muchacho golpeaban cada escalón que descendía.

Al pie de la escalera, el comisario tuvo que descansar. Su mujer le observaba con silenciosa angustia. Rehuía mirar la cara de su hijo muerto. Se había azulado y ningún cuidador de pompas fúnebres la había coloreado como solía hacerse con los cadáveres para mejorar su rostro.

—Apaga las luces —le ordenó Bob Perkins.

Martha se apresuró a hacerlo, no querían que alguien les viese por casualidad. Frente a la puerta aguardaba el coche. Con dificultad, con grandes esfuerzos, sacaron el cadáver y lo introdujeron en el auto.

Condujeron el coche en dirección a la casa de los Castle.

—¿Sabrá algo la bruja?

—Seguro —respondió Martha—, Yo entraré primero.

—Mejor, y no digas nada de Danny, a menos que ya lo sepan.

—De acuerdo. Nunca hubiera supuesto que ellas estuvieran en contacto con el diablo.

—Pues, ya ves, hacían proselitismo contigo. Seguro que todo lo ocurrido es culpa tuya.

—¿Mía? —exclamó, indignada.

En aquella ocasión, Bob Perkins no hizo sonar el claxon como hacía cada vez al llegar frente a la vieja casa de los Castle.

Detuvo el coche y su mujer se apeó. Danny iba atrás, torcido sobre el asiento, el rigor mortis no le dejaba torcerse aún más. Parecía dormido si se le miraba a distancia, pero si se acercaban los ojos, se podía ver que era ya un cadáver.

«Espero que no sea una broma», se dijo Bob Perkins, encendiendo un cigarrillo.

Un claxonazo le sobresaltó. Junto a él casi se detuvo un coche patrullero dentro del cual viajaba Percy, su ayudante.

—Eh, Bob, ¿qué haces ahí?

—Esperar a Martha —respondió, buscando tranquilidad en el cigarrillo que tembló entre sus dedos—. Vigila bien.

Percy saludó con la mano y se alejó para hacer su ronda nocturna.

Bob Perkins suspiró. Si encontraban el cadáver de su hijo en el coche, de nada habría servido toda su preparación para que las huellas del muchacho quedaran en la jeringa y en las ampolletas de droga.

Vio salir de la casa a su mujer que avanzó rápida hacia el coche.

—¿Qué?

—Nos están esperando.

—Entonces, son hijas de Satanás.

—Están Priscila y sus hermanas.

—Menudas brujas —se lamentó Bob Perkins.

Abrió las portezuelas del coche y forcejeó para sacar a Danny. Su gran peso dificultaba el trabajo, pero Bob Perkins volvía a encontrarse bien de salud y cargó con él sobre sus espaldas, arrastrándolo.

De haber sido un muchacho ligero, lo habría cargado sobre sus hombros y llevado con facilidad, pero los cien kilos de Danny se hacían notar y más siendo un cadáver.

Metió a su hijo en aquella residencia construida en madera y que gruñía a cada paso que daban.

—¿Dónde lo pongo? —pregunto Bob Perkins.

—Sobre la mesa larga —señaló Priscila Castle.

La mesa era de madera negra, estaba en el saloncito, bajo una vieja lámpara de araña colgada de una cadena. En aquella casa donde practicaban el espiritismo, poseían candelabros de pie como si se tratara de una iglesia o una funeraria.

Priscila Castle cerró la puerta con llave por dentro para no ser molestados y se aseguró de que las cortinas cubrieran todas las ventanas.

Bob Perkins tendió a su hijo sobre la larga mesa y las silenciosas hermanas Castle, que en realidad actuaban como acolitas de Priscila que se consideraba reverenda madre de las espiritistas y era quien daba las órdenes, colocaron los candelabros en torno a la mesa como si ésta fuera un catafalco.

Priscila Castle se enfrentó al matrimonio con una especie de sonrisa profesional. Bob Perkins la miró como no la había mirado antes.

Priscila Castle era más alta que Martha, aunque no podía considerarse una mujer de gran estatura. Aquella noche vestía una túnica negra que tenía unos bordados alegóricos sobre el vientre.

En la cabeza llevaba una media corona hecha con ramitas que Bob Perkins no llegó a descifrar de qué arbusto o árbol eran. Lo que sí notó era que la casa olía mal, como a viejo, a humedad.

—¿Estáis decididos?

—Sí —respondió Martha.

—Para eso estamos aquí —gruñó Bob Perkins.

—Si el mismísimo Abrahel os ha prometido concederos ese gran favor, sois afortunados. ¿De veras le habéis visto?

—Sí —respondieron al unísono.

—¿Y en qué cuerpo se os ha mostrado?

—¿Es que tiene varios? —inquirió Bob Perkins.

—No seas estúpido —le espetó su mujer.

—Bueno, yo no estoy metido en estas cosas —se disculpó, como un niño sorprendido en falta.

Condescendiente, como la directora de un colegio que habla con padres de alumnas, Priscila Castle les explicó cuanto ella creía saber respecto a las

metamorfosis satánicas.

Bob Perkins jamás había estado tan confundido como en aquellos momentos. Quizás, la confusión le llegaba desde que... No quiso recordar Grass Plat, tenía demasiados y trágicos recuerdos para él.

En aquel momento, apareció en su mente la imagen desesperada y suplicante de Jimmy, el idiota.

—¡Vete a la mierda! —exclamó, estentóreo.

—¿Qué? —le preguntó Martha frente a él, al otro lado del cadáver que les separaba.

—Nada, nada, no te lo decía a ti, es que estoy muy nervioso.

—Lo comprendo.

Bajó la voz para preguntarle:

—¿De veras crees que estas brujas van a salvar a Danny?

—¿Te olvidas de Abrahel?

—Esto es una locura, no sé si estoy viendo una alucinación interminable o una realidad increíble.

Las velas que se hallaban en los candelabros eran rojas y gruesas como su muñeca. Hendidos en ellas, había cabezas de clavos que semejaban pequeños insectos.

Una de las hermanas Castle las encendió y Priscila se acercó a una pared cubierta con una tupida cortina de terciopelo oscuro.

La descorrió y, de inmediato, ante los asombrados ojos del matrimonio Perkins apareció un mural en cuyo centro destacaba el macho cabrío de pelaje oscuro y cuerpo de hombre, falo grande y erecto apoyado en unos exagerados genitales.

Semejaba mirarles con burla mientras en torno suyo se celebraba un aquelarre. Mujeres desnudas, hombres desnudos, sátiros al uso, todos entremezclados, acoplándose en todas las formas imaginables.

A Martha Perkins se le paró un instante la respiración.

—¿Qué es eso? —gruñó Bob.

—Nuestro rey —dijo Priscila con gesto de mística adoración.

—De modo que sí eres una bruja tal como yo suponía...

—Cállate, Bob, cállate —le pidió su mujer—. Sólo él puede devolvernos a Danny.

—Ya suponía —masculló Bob— que había espiritistas satánicos y de los otros.

—Por favor, Bob. El —Priscila señaló al macho cabrío es quien tiene que devolver la vida a Danny, debemos invocarlo. Vosotros os pondréis aquí en primera fila, os arrodillaréis y doblaréis las cabezas en señal de sometimiento y adoración.

Bob Perkins sintió un fuerte rechazo, pero ya no podía volverse atrás. El cadáver de Danny se hallaba tendido sobre la mesa. Si pasaban más horas, comenzaría a descomponerse.

Había despreciado siempre todo lo referente a religiones, era un hombre

pragmático cien por cien. Sin embargo, ahora se veía involucrado en una situación que se le antojaba alucinante. Iba a postrarse ante el mismísimo diablo pintado en la pared, posiblemente por las propias hermanas Castle que habían dedicado sus vidas a Satanás.

Al verle indeciso, Martha le cogió de la mano y le condujo hasta el lugar apropiado. Le hizo arrodillarse y quedaron así, de espaldas a la mesa donde yacía Danny.

—¡Satanás, Belcebú, Astarot, Asael, ayudad a Abrahel, yo lo invocooooo!

Priscila, transformada en ministra de la ceremonia diabólica, invocaba gritando hasta que su voz se convirtió en una daga que cortaba el aire.

Mientras Priscila Castle voceaba letanías satánicas, Bob Perkins se atrevió a levantar los ojos para mirar al macho cabrío de la pintura que adoraban.

De pronto, se sintió como alucinado, pues no veía al macho cabrío, sino que en su lugar estaba Cissy, sonriéndole a él, de pie, tentadoramente desnuda...

Parpadeó para escapar a la alucinación mientras oía los gritos de las invocaciones que lanzaba Priscila, pero Cissy continuaba allí, frente a él, y se movía. No era una pintura. Ondulaba su maldito cuerpo, bellísimo y atractivo.

Un ser que cubría su cabeza con una máscara de toro se acercó a Cissy por la espalda y saltó sobre ella, obligándola a colocarse a gatas. La montó furiosamente, lanzando mugidos, mientras ella chillaba como una hembra de lince al recibir el primer acoplo de su vida.

Bob Perkins sintió que el corazón le golpeaba tumultuosamente en el pecho. Sus oídos parecía que fueran a estallar, pues se mezclaban los mugidos de aquel ser desnudo que ocultaba su cabeza bajo la máscara de toro con grandes astas, los maullidos mezcla de gruñidos de Cissy las terribles invocaciones de Priscila Castle, todo en medio de la luz de las velas que iluminaba aquel fantástico e infernal mural.

—¡Suéltala, suéltala! —gritó Bob Perkins saltando sobre el mural y dando de puñetazos al poseedor de la bellísima hembra, aquella hembra que Bob Perkins quería sólo para él.

Una rabia incontenible le había hecho espumear, le había encendido los ojos al ver como ella ondulaba sus caderas, sus muslos, buscando instintivamente mejores posiciones para que el acto en el que se veía implicada fuera mucho más efectivo y placentero.

No miraba al ser que se hallaba tras ella con sus manos sobre la espalda femenina; no veía nada, tenía los ojos semicerrados y la mandíbula como caída, abierta la boca, dejando caer gotas de saliva por los labios carnosos, pletóricos de sangre.

Con sus golpes, consiguió hacer caer la máscara de aquel ser y entonces se reconoció a sí mismo. Dio un paso atrás.

—¡No, no es posible! —gritó.

—¡Bob, Bob! —exclamó Martha que seguía arrodillada.

—¿Lo has visto, lo has visto? —inquirió él, señalando el mural.

Cuando de nuevo volvió su mirada hacia el mural, Cissy y él mismo habían desaparecido y seguía estando allí el macho cabrío en actitud de soberbia, monstruosamente feo y con los ojos encendidos.

—No sé qué me pasa, estoy como drogado —confesó.

Mientras llevaba a cabo las invocaciones, Priscila Castle había estado frotando el cuerpo de Danny, piernas, brazos. Le abrió las ropas y le masajeó la cintura, el vientre, los genitales. Luego, el rostro.

De pronto, lanzó un chillido que semejó enloquecer a Bob Perkins que, aturdido, se llevó las manos a los oídos, incapaz de soportar más aquel chillido.

—¡Ha vuelto a la vida, ha vuelto a la vida! —gritaron las dos hermanas de Priscila Castle mientras manoteaban en torno al cadáver como brujas enanas.

La respiración de Bob Perkins se tornó jadeante mientras miraba a Danny. El ambiente se había llenado de un hedor nauseabundo, inaguantable.

—Pa... Paaaaa...

El propio Danny era quien acababa de hablar. Sólo había pronunciado una palabra y la había alargado con una voz que no parecía humana, una voz que semejaba salir de un pedregal en lento alud.

—¡Danny, Danny! —gritó Martha, levantándose y corriendo hacia su hijo que tenía los ojos abiertos y movía sus brazos pesadamente.

—¡El rey de las tinieblas ha escuchado mis invocaciones! —exclamó Priscila, triunfal—. Esta es la ceremonia más importante de mi vida. Jamás creí que se me llegaría a conceder tanto honor.

Se apartó del matrimonio, de sus hermanas, se alejó del cadáver que había tornado a la vida y se lanzó al suelo. Se tumbó boca abajo como una monja al hacer sus votos y en aquella posición de total sumisión, comenzó a regurgitar palabras ininteligibles.

—Vámonos de aquí, vámonos o me volveré loco —masculló Bob Perkins que en aquellos momentos no parecía tan feliz por lo sucedido, y él no sabía bien por qué. Una rara intuición le advertía que algo no marchaba tan bien como podía parecer.

Salieron de la casa.

Danny caminaba muy pesadamente. Su padre intentó ayudarle, pero no era necesario. Danny avanzaba como si su cuerpo hubiera quedado lastrado con el doble de su peso.

Poco después, el automóvil de los Perkins se alejaba de la residencia de aquellas espiritistas que rendían culto al Maligno en sus múltiples formas y aspectos.

CAPITULO VII

El vehículo de Hal era un todo-terreno turismo. No alcanzaba las grandes velocidades de otros automóviles más modernos, pero con noventa millas tenía más que suficiente.

Por otra parte, el vehículo tenía ya unos cuantos años encima y él mismo, en sus ratos libres, se dedicaba a ponerlo a punto o a cambiarle las piezas que consideraba más desgastadas. No podía decirse que estuviera perfecto de pintura, pero sí en cuanto a motor, frenos y demás piezas que aseguraban un buen funcionamiento.

Tocó un claxonazo y la joven que se dirigía hacia su propio coche, estacionado en la calle, se volvió. Hal levantó la mano y Cissy se acercó a él.

—¿Qué haces en New Little Spring? —preguntó, deteniéndose junto al coche.

—¿Subes?

Ella miró el paquete que tenía entre las manos.

—Tengo que llevar esto a casa.

—De acuerdo, sube a tu coche y te seguiré.

—Como quieras. ¿Has, has...? —Vaciló, tenía miedo de preguntar—, ¿Has tenido problemas?

—Si te refieres a mi padre, todavía no me he enfrentado a él.

—Pero, ¿lo viste?

—No.

—¿No has estado en tu casa?

—No, he estado por ahí. Desde que te dejé, no he vuelto a Modern City.

Ella iba a preguntar algo, pero se contuvo. Fue hacia su coche y lo puso en marcha. Hal la siguió en su todo-terreno.

Cissy dejó el paquete en su casa, abandonó su coche y subió al del muchacho.

El pastor alsaciano saltó la cerca y subió también al todo-terreno que era descapotable, instalándose en los asientos posteriores, dispuesto a viajar no le importaba adonde mientras fuera con su dueña que era Cissy.

—Me duele la cabeza —confesó Hal—. Llevo un montón de horas sin dormir.

—Te ruego que olvides lo que te conté.

—No puedo volver a ver a mi padre después de lo que hizo contigo.

—Debía estar borracho.

Mientras conducía por la carretera, Hal dijo:

—No quiero volver a estar bajo el mismo techo que él. Se considera que un comisario es un ciudadano honorable, pero mi padre es grosero y burdo. Sé que ha dado malos tratos a los arrestados para interrogarlos. Sabía que había tenido algunos líos de faldas y que mamá ha preferido ignorarlos porque, después de todo, siempre ha estado en casa, me refiero a que él no quiere

romper lo que llamamos «hogar, dulce hogar».

Cissy le cogió del brazo. Atrás, «Dog» sacaba la lengua nerviosamente.

—¿Le guardas rencor?

—Siempre ha hecho diferencias entre Danny y yo. Danny era el futuro campeón de rugby, incluso quena hacerle campeón de boxeo, pero resultó demasiado lento.

—¿Odias a tu hermano?

—No, es un buen muchacho, él no tiene la culpa.

Se detuvieron en un parador de la carretera. «Dog» quiso seguirles, pero Cissy le ordenó:

—¡Quieto aquí!

El animal jadeó y movió la cabeza de un lado a otro como si suplicara ayuda, mas no se movió del coche, obedeciendo a su dueña. Primero se mantuvo sobre sus cuatro traseros y luego se tendió en el asiento, ya más tranquilizado.

Hal pidió una hamburguesa, una cerveza y dos analgésicos.

—Tengo una beca para ir a San Francisco.

—¿Te vas a marchar? —preguntó Cissy, como asustada.

—Le he estado dando muchas vueltas a todo esto y ya no aguanto más bajo el mismo techo que mi padre. Cissy, 6te vendrías conmigo?

—¿A San Francisco?

—Sí.

—¿Y mis estudios de danza?

—En San Francisco encontrarás mejores academias.

—¿Y de qué viviríamos?

—La beca es suficiente para alquilar un pequeño apartamento durante el tiempo de mis estudios y comer. Luego, ya buscaré algo, como clases particulares. Iremos un poco justos económicamente mientras acabo mis estudios, pero luego, luego no creo que nos falte nada.

—Lo pones todo muy fácil, pero ¿y yo?

—Tú podrías estudiar danza.

—Son pocas horas al día, tres horas de clase y dos de prácticas en casa.

—Entonces, estudia otra cosa.

—Podría buscar algún trabajo que me llevara pocas horas.

—Eso es algo que deberías decidir tú.

Tomó su vaso y miró el líquido mientras lo removía con una pajita de plástico.

—No sé, mis padres se portan muy bien conmigo.

—Es que los padres no tienen que ser malos para poder separarse de ellos. Hay que volar cuando llega el momento. Si son buenos como yo sé que lo son, no han de sentirse mal si saben que tú eres feliz.

—Si me voy, les daré un gran disgusto.

—Podemos casarnos, si es a eso a lo que te refieres.

—No, no me refería a eso, aunque quizás sí fuera mejor casarnos, aunque

no en seguida.

—¿Cuándo, entonces?

—Cuando llevemos unos meses.

—¿Vida prematrimonial?

—Bueno, sí, somos jóvenes. No obstante, me gustaría meditarlo un poco.

—Me parece bien. Mientras, yo buscaré algún lugar donde meterme hasta terminar este curso y luego, me iré a San Francisco con la beca.

—Comprendo que te la hayan dado, has sacado tan buenas notas...

—Sí, no han sido malas.

—Entonces, todavía tenemos dos meses de plazo.

—Así es.

—Hay tiempo para pensarlo. Yo prefiero no ir por Modern City después de lo sucedido, cuanto menos vea a tu padre mejor.

Hal se tomó los analgésicos y comió sin demasiado apetito, pero era consciente de que si no comía iba a tener unos mareos innecesarios.

—También podría marchar yo antes y cuando estuviera instalado, vendría a por ti, eso si es que aceptas vivir conmigo.

—Hal, yo te quiero, lo sabes, pero estoy algo confusa.

—¿Hay algo más que no me hayas contado referente a mi padre.

—Bueno, digamos que tengo una intuición.

—¿Intuición? —repitió, engullendo el pedazo de sándwich que ya había mascado.

—Sí, puedes llamarme tonta si quieres.

—¿Qué tratas de decirme?

—Presiento que habrá sangre.

—¿Sangre?

—Sí, una tragedia. He tenido pesadillas que prefiero no recordar.

—Estás impresionada por el ataque que sufriste por parte de mi padre.

—Cuando pasé por Grass Plat, sentí una fuerza extraña, una fuerza que calificaría de maligna. Ahora, puedes llamarme tonta si te apetece.

—A todo esto, no me has aclarado nada. ¿Qué tratas de decirme?

—Creo que tu padre está en problemas.

—Siempre ha estado en problemas, pero supongo que tú te refieres a otra cosa, ¿no?

—Cuando me seguía, escoltándome para acompañarme parte del trayecto, en la carretera, a la altura de Grass Plat, desapareció, se quedó atrás en una curva y no volví a verle.

—Sí, me lo contaste.

—¿Qué ocurre en Grass Plat?

—Hubo una violación y un asesinato, creo que te lo conté. Mi padre arrestó al pobre Jimmy.

—Lo leí en el periódico. Salía una fotografía de tu padre, parecía muy satisfecho.

—Mi padre debió quedarse en aquel lugar buscando más pistas y si he de

serte sincero, yo no creo que Jimmy fuera el asesino.

—¿Quién fue, entonces?

—No lo sé, pero es posible que mi padre, después de arrestar y entregar a Jimmy a los sanitarios del psiquiátrico judicial del Estado, tenga dudas y busque más pruebas.

—Si eso fuera cierto, el asesino andaría suelto.

—Es una posibilidad —aceptó Hal. Después, inquirió—: ¿Y qué tiene que ver eso con lo que mi padre hizo contigo?

—No lo sé, pero luego, pensando, dándole vueltas, tuve la impresión de que me confundía.

—¿Cómo iba a confundirte, si como tú no hay otra?

—Gracias —dijo la hermosa joven de ojos verdes y cabello castaño rojizo —. Pero había algo en él que le hacía verme distinta a como soy. Era como si hubiera conocido a otra muchacha como yo y la confundiera conmigo.

—Si es así, el que tendría que ir con los loqueros no sería Jimmy sino mi padre.

—Hal, quizás estemos gastando demasiadas palabras, pero ya te he dicho que tengo la intuición de que algo muy desagradable y trágico está sucediendo. Quizás tu padre no sea tan perverso como hemos llegado a suponer y le esté ocurriendo algo.

—Pues si le pasa algo, que lo diga.

—¿Y si no puede?

—¿Por qué no va a poder?

—No sé —Cissy se encogió de hombros—. Quizás padezca algún trastorno mental, y entonces estaría mal que fuéramos tan severos con él. Reconozco que yo me asusté, y también es cierto que él estuvo muy agresivo cuando vino a buscarme.

—Cissy, lo estás embrollando todo más.

—Lo siento, pero te he dicho lo que pienso, no te he contado mis pesadillas.

—¿Quieres decir que en esas pesadillas mi padre te persigue?

—No exactamente.

—Como veo que estás ansiosa por contarlo, te escucho.

—En las pesadillas, que eran confusas, y te ruego no te rías...

—No me río.

—Pues, en las pesadillas, una sombra que parecía despedir un calor inaguantable, me perseguía. Yo veía sus ojos y eran como amarillos. Me acosaba, me acorralaba y cuando no tenía escapatoria...

—¿Te violaba? —preguntó el joven, casi burlón.

—No.

—¿Te explicas?

—Verás, esa sombra parece entrar en mi cuerpo, y no pienses mal; esa sombra se pega a mí y yo sé que entra. Siento mucho miedo y ahogo y un ardor terrible, es como si me quemara viva.

—Tendrás que ir al psiquiatra.
—No te burles y déjame terminar.
—Adelante, pues.
—Luego, se separa de mí una muchacha que se aleja. Yo la miro y soy yo.
—¿Tú misma?
—Sí, seguro.
—¿Te ves el rostro?
—Sí, soy yo, seguro.
—¿Y tu doble se va?
—Sí.
—¿Adónde?
—No lo sé, va hacia la oscuridad y desaparece. Yo, yo creo que me falta algo y me siento muy mal, tengo miedo.
—¿Qué crees que puede significar que una doble de ti se aleje?
—Pues, no lo sé, no lo sé. Cuando pasé por Grass Plat, de regreso a New Little Spring, recuerdo haber tenido una sensación parecida aunque no vi lo mismo que en la pesadilla.
—Ahora, no acabo de entenderte, Cissy.
—Pues, te he dicho que cuando me quedo como desdoblada en dos, me siento mal, muy mal, es como si me faltara algo y esa sensación tan extraña y difícil de explicar, la experimenté también cuando pasé por Grass Plat y perdí a tu padre de vista en el espejo retrovisor.
—Y esa sensación, ¿no podrías explicar un poco mejor cómo es?
—Pues, es miedo, náuseas, mareo, como fuego y luego, me coge frío, mucho frío y llego a tiritar. Recuerdo que cuando regresaba a mi casa después de que tu padre hubiera dejado de seguirme, tuve la impresión de que me había resfriado, me castañeteaban los dientes. Pensé que, al día siguiente, estaría con fiebre en casa, pero no fue así, por la mañana estaba bien.
—Todo es muy complicado, pero no hay que hacer caso de los sueños. Son un rompecabezas que no lleva a ninguna parte.
—No creas, Hal, los sueños tienen su sentido, lo que hace falta es encontrar la clave.
—No me dirás que tiene sentido el que te veas como desdoblada y que otro ser idéntico a ti se aleja...
—Sí, parece absurdo, pero ¿sabes lo que es el ectoplasma?
—Sí, claro, aunque sobre el ectoplasma hay más mitos y leyendas que realidades. Por de pronto, ningún médico lo ha tenido en sus manos para valorarlo.
—Hay seres humanos que regurgitan ectoplasma que, como sabrás, es una energía débil, como un gas que puede tomar formas de animales o personas.
—Creo que te estás torturando inútilmente.
—No soy una masoquista psíquica. El ectoplasma que brota de un ser humano puede tomar su misma forma, ser tan igual que sea imposible diferenciarlos.

—Bueno, pero aun suponiendo que fuera cierto, no sería lo mismo porque el ectoplasma tiene pesores como un gas denso.

—Todo lo que quieras, pero sobre las formas ectoplasmáticas aún sabemos muy poco.

—No me digas que ahora te dedicas a estudiar fenómenos parapsicológicos...

—No, pero he tratado de hallar una explicación a mis sueños y hasta había pensado en visitar a un mago.

—¿De veras crees en magos en estos tiempos que vivimos y en un país como el nuestro, donde todo es materialismo y consumo?

—¿Por qué no? —Vaciló, miró hacia otra parte, volvió a clavar sus ojos en Hal y le preguntó—: ¿Por qué no me acompañas?

—¿Adónde?

—A ver al mago.

—¿De veras no me estás gastando una broma?

—Palabra que no. ¿Me acompañas?

CAPITULO VIII

Las pesadillas alucinantes habían llegado también a los sueños de Martha Perkins. Gemía sin despertar, sucumbiendo al miedo que se adueñaba de su mente incontrolada. Su cuerpo se estremecía.

Bob Perkins sólo había conseguido amodorrarse a base de pastillas, no había logrado hundirse en la profundidad del sueño.

No podía decirse que su conciencia le hubiera maltratado a lo largo de su vida, ya que en poco la había tenido en cuenta; pero ahora, las cosas eran diferentes. La situación no podía controlarse con su placa de comisario o la pistola cargada con cartuchos «Magnum» del cuarenta y cuatro.

En sus pesadillas, ambos escucharon pasos lentos, pesados.

Se abrió la puerta de la alcoba y despertaron, aunque sus mentes estaban lejos de hallarse despejadas.

Entraba luz por la ventana, era la luz mercurial de la farola del jardín que permanecía encendida durante toda la noche.

—Danny, hijo —musitó la madre.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Bob Perkins con la voz pastosa, como si hubiera tragado una botella de whisky entera y el alcohol hubiera afectado ya su cerebro, a la par que su estómago e hígado.

Con su corpulencia, Danny avanzó hasta situarse entre las dos camas.

Carecía de una movilidad natural, todo él era pesado. Movió la cabeza a un lado y a otro. El hedor que se desprendía de él llegó hasta el matrimonio Perkins que hubo de contenerse para no quejarse.

—Es... toy muer... to... —dijo con su voz que recordaba al rumor de un alud lento en un pedregal.

Después, comenzó a reír también lentamente, en el mismo tono y volumen de voz.

Martha Perkins sintió una angustia irresistible. Se agarró a la ropa de su cama como si protegiéndose con ella quedara a salvo de un posible ataque. Danny era su hijo, había salido de su propio cuerpo, pero en aquellos momentos le tomó un miedo atroz.

—¡Bob, Bob, dile que se vaya! —pidió, al borde de la histeria.

—Vamos, Danny, ve a tu cama y no bromees más. Déjanos dormir y date un baño, apestas a demonios —le exigió con su voz pastosa, ebrio de somníferos.

—Estoy muerto —repitió Danny, y se rió de nuevo. Su lenta carcajada aumentó el miedo en el matrimonio.

—Danny, ¿es que no me has oído?

—Eres un asesino —le acusó, siempre con una lentitud desesperante.

De súbito, la mente de Bob Perkins se despejó. Miró a su hijo, incrédulo.

—¿Qué has tomado, Danny?

—Tú violaste y asesinaste a Nathaly Sapinsky.

—Pero, ¿qué dices? —rugió.
—Eres un asesino.
—¡Cállate!
—Me inyectaste una sobredosis de droga para matarme.
—¡Mientes!
—Estoy muerto —otra vez se rió, como si disfrutara sádicamente del miedo que provocaba en sus padres.
Sin poder contenerse más, Martha comenzó a chillar. Fueron unos chillidos agudos y como si ella misma fuera incapaz de resistirlos, se tapó los oídos con sus propias manos.
—¡Eres un monstruo, un monstruo! —masculló Bob Perkins.
En su mesita de noche solía guardar su arma reglamentaria, la buscó afanosamente y con ella apuntó a Danny.
—¡Vete, vete de aquí o dispararé sobre ti!
Danny avanzó entre las dos camas, tendiendo sus manos hacia el comisario Perkins mientras lo acusaba repetidamente:
—Asesino, asesino...
Bob Perkins jaló del gatillo. Disparó una, dos, tres veces. Notó las sacudidas que la pistola daba en su mano, las detonaciones fueron estruendosas dentro de la alcoba matrimonial.
Danny encajó los impactos en su cuerpo, sufrió los violentos empujones de las balas y estuvo casi a punto de caer, pero no llegó a perder el equilibrio. El ambiente hedía a pólvora quemada, a muerto.
—Estoy muerto —repitió, y dio la vuelta, dándoles la espalda.
Danny se alejó dando tumbos, pero no parecía que los proyectiles «Magnum» hubieran acabado con él.
Bob Perkins se levantó pesadamente de la cama, sudaba. Continuaba con la pistola en la mano, pero no se sentía seguro con ella.
—He querido volverlo a la vida, pero para quedar como un zombi, mejor que siguiera muerto.
—Tú lo mataste —acusó Martha con ojos empequeñecidos.
—¿Yo, te has creído esa barbaridad?
—¿Asesinaste también a la bibliotecaria?
—¡Cállate!
—Eres un cerdo y un asesino.
—No te pongas a gimotear ahora.
—¡Te odio, te odio!
—¡Estúpida!
—¡Cerdo, cerdo, cerdo...!
Fuera de sí, le propinó una sonora bofetada con la zurda que la volcó sobre la cama.
—Todo lo que ha dicho Danny tienes que olvidarlo, es como si no lo hubieras oído jamás.
—Asesino —repitió, sollozando, de miedo, de rabia, de dolor.

—No sé de qué te quejas cuanto tú tienes la culpa de todo. Sólo me diste placer el primer año de matrimonio; después, siempre tenías jaquecas... No querías joder, es lógico que yo fuera a buscar a otra parte lo que deseaba y me fui dando cuenta de que no merecía la pena comer mierda cuando por ahí encontraba pasteles y a cual más dulce. Es cierto que he tenido muchas amantes, pero siempre más o menos en secreto. Había que conservar la imagen del comisario Perkins. Esta podrida sociedad exige que yo sea un ejemplo de virtudes, que tenga un hogar ejemplar, por eso te he estado aguantando todos estos años. Para mí, lo más importante de esta vida es ser el comisario Perkins, lo malo es que de vez en cuando el sexo jala fuerte de mí y me ciega.

—La bibliotecaria se resistió, ¿no es eso? ,

—Era una perra. Subí a su coche, la llevé a Grass Plat en su propio coche. Creyó que sólo iba a sobarla un poco y en el momento de la verdad se puso histérica, yo ya no podía frenarme. La muy estúpida se golpeó la cabeza contra un canto del coche, murió por accidente, eso fue todo.

—La asesinaste tú y has cargado las culpas sobre el pobre Jimmy.

—Al idiota no lo ahorcarán, estará en el sanatorio comido y cuidado, no le va a faltar lo necesario.

—Le faltará la libertad.

Bob Perkins se quedó reflexionando unos instantes, comprendió que lo que acababa de decir Martha era cierto.

Jimmy había perdido su libertad, la libertad de un idiota, pero era libertad, y precisamente la libertad era lo que se arrebataba a los condenados, ése era el castigo que la justicia aplicaba cuando condenaba a alguien a prisión. A Jimmy no le habían tratado de distinta forma, también a él le habían privado de su libertad, aunque no hubiera ido a la cárcel sino a un manicomio judicial.

Se volvió hacia su mujer, la apuntó con la poderosa pistola que puso a dos palmos de su rostro y silabeó:

—Si dices algo, te mato.

CAPITULO IX

El mago Dow observó atentamente a Cissy y luego se dispuso a escuchar su relato.

Hal, entre suspicaz y escéptico, se sentó en un rincón de la salita. La luz no le daba, era como si no estuviera presente.

Sobre la gran mesa, una lámpara proyectaba una luz mortecina que quedaba tamizada sin que molestara a los ojos.

El mago Dow tenía muy bien montado su escenario ambiental, cortinas oscuras con colgantes extraños, vitrinas con ídolos de civilizaciones desaparecidas.

El mismo, peinado, afeitado y con ropas vulgares y corrientes, habría pasado desapercibido en cualquier parte, pero el mago Dow cuidaba su imagen. Sus ojos miraban a través de gafas redondas de brillante metal, lucía largos cabellos y vestía túnica de seda en negro y oro.

Cissy contó sus pesadillas y sus extrañas sensaciones como si el mago Dow fuera un psiquiatra. Hal continuaba en silencio, escuchando también.

Cuando Cissy concluyó, le tocó al mago hablar. No había interrumpido en absoluto a Cissy que no dejaba de ser su cliente. Dow tenía una voz atiplada que él debía odiar con toda el alma, por ello hablaba muy despacio y trataba de hacerla grave para impresionar más, y cabía suponer que habría tomado clases de oratoria.

—Usted tiene unos problemas graves —manifestó.

—Sí, pero ¿cuáles son? —inquirió la joven, ansiosa.

—Un espíritu poderoso roba su imagen.

—¿Un espíritu poderoso?

—Sí, un espíritu poderoso entra en su cuerpo, se apodera de su imagen y se la lleva.

—¿Es usted espiritista? —preguntó Hal, interviniendo por primera vez.

El mago Down miró con desdén al muchacho, pero no se atrevió a pedirle que se largara porque podía ocurrir que con él se marchara Cissy también.

—No soy espiritista según lo que usted debe entender por espiritismo, joven, pero sí hay espíritus poderosos y espíritus débiles. Unos, toman o hacen daño según sus poderes y los otros, suplican.

Se encaró de nuevo con Cissy, la miró a través de los cristales totalmente redondos, con ancha montura metálica que brillaba.

—El espíritu entra primero en su cuerpo, sale con su imagen ectoplasmática y se aleja, eso quiere decir que se lleva su imagen por un tiempo.

—¿Por qué, para qué?

—Eso tendría que explicarlo el espíritu poderoso, pero es evidente que la utiliza. La imagen ectoplasmática sólo tiene un tiempo de vida, luego se desvanece. Opino que ese espíritu poderoso la ha elegido a usted para utilizar

su imagen y llevar adelante unos planes concretos.

—Pero, ¿cuáles?

—Tendría que seguir a su propia imagen para averiguarlo. Si ese espíritu poderoso le roba la imagen, es para algo desagradable. He visto casos en que la imagen ectoplasmática ha escapado del cuerpo de alguien, pero ha sido por propia voluntad. El espíritu ha abandonado el cuerpo sólido, lo ha dejado para escapar etéreamente. Esos son casos en que las víctimas se han sentido atrapadas por una situación o por su propio cuerpo, pero no es ésa su circunstancia.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Encontrar al espíritu poderoso o a la propia imagen arrebatada. ¿Es usted creyente?

—Pues, no soy muy practicante, pero...

—Cuando encuentre su propia imagen, su doble, no le tenga miedo, maldígala en nombre de Dios. No se deje sugestionar por nada que pueda ocurrir en su entorno. Tiene que ser fuerte y vencerá. Para eso, rece sin oír nada, rece mentalmente, maldiga en nombre de Dios y escúpale al rostro. Podrían llevarse a cabo más y mejores ceremonias, pero como seguramente no podrá escoger el lugar y el momento, haga lo que le digo y no tema a nada de lo que pueda ver. Ese espíritu poderoso no puede hacerle nada, absolutamente nada. Su poder radica en la sugestión, en provocarle el miedo, el terror. Parecerá que va a destruirla si la ataca, pero no la tocará. Aunque usted se sienta herida, aunque crea que le arrancan los brazos o la cabeza del cuerpo, sólo será sugestión. El espíritu poderoso no puede hacerle ningún daño físico, carecen de ese poder; sólo pueden utilizar la sugestión, la hipnosis, la alucinación. Puede recibir la impresión de que hunden los dedos en sus ojos y se los arrancan, sentirá el dolor, notará incluso la sangre correr por su cara y tendrá un pánico atroz, pero sólo será como una pesadilla que debe resistir. El espíritu puede hacer que muera de terror o inducirla a suicidarse o a despavorirse, de tal forma que provoque un accidente que pueda ser mortal, pero todo ello será siempre que usted sea débil y se deje atrapar y dominar por el pánico.

Cissy pagó aquella visita al mago Dow más cara que si hubiera pagado a un psiquiatra de altos vuelos, pues se desconcertó cuando le dijo que el precio eran cien dólares y que aceptaba tarjetas de crédito.

—¿Crees que te ha tomado el pelo? —preguntó Hal.

—Me ha sorprendido, pero...

—¿Le crees?

—Sí, le creo, pienso que sobre todo esto sabe más que nosotros.

—Yo no entiendo nada, no puedo entender nada —dijo Hal.

—¿Piensas que las mujeres nos dejamos tomar el pelo por hombres como Dow?

—Pues...

—¿Por qué no eres sincero y dices la verdad?

—Yo he visto que es muy histriónico; verle actuar es como presenciar una representación teatral.

—Es cierto, pero hay personas que aunque digan grandes verdades, por su aspecto físico, por el lugar donde están, por las voces que tienen, no se les cree. Y poniéndonos en el lado contrario, hay individuos que mienten hipócritamente y por ser personajes de aspecto honorable o por llevar un uniforme, se les cree. Pienso que Dow ha llegado a esa conclusión y prefiere actuar de forma que impresione para ser creído.

Se dirigieron al coche, «Dog» aguardaba dentro de él.

—Pero, ¿no te das cuenta de que estáis hablando de magia negra?

—No exactamente. Habla de un espíritu poderoso que, por alguna causa que ignoramos, roba mi imagen en forma de ectoplasma y la utiliza, no sabemos para qué —Se golpeó la frente—. ¡Ya está!

—¿El qué? —preguntó Hal, mirándola.

—Tu padre.

—¿Mi padre?

—Sí, él daba a entender que había estado conmigo antes.

—Tú has dicho que no.

—Claro que no, pero él cree que sí, por eso debe pensar que soy una zorra o algo por el estilo.

—Vas a volverme loco, Cissy —se quejó el joven.

—No te enfrentes todavía a tu padre, quizás no sea culpable del todo.

—Aun suponiendo que tuviera que tragarme toda esa historia de magia negra en la que tú pareces creer, él habría estado contigo y sabiendo que eres mi chica, no dejaría de ser una horrible traición.

—¿Por qué no averiguamos la verdad?

—¿Cómo?

—Yendo a ver a tu padre.

—¿Después de acosarte como lo hizo?

—Tú estarás a mi lado, hablaremos con absoluta sinceridad. Quizás él esté sufriendo unas alucinaciones, como ha sugerido el mago Dow.

—Te confieso que tengo miedo, Cissy.

—¿De qué?

—Si mi padre intenta algo desagradable... —cerró los puños hasta que sus nudillos blanquearon—. Yo podría cometer el mayor de los pecados que, como dijo Sigmund Freud, es atacar al padre.

—¿Es que tienes complejo de Edipo?

—Como cualquier ser normal, debí tenerlo en la niñez y lo superé, pero no creo que sea ser un Edipo tratar de impedir que tu padre te quite a la chica que te gusta y con la que deseas aparejarte.

—¿Por qué no intentamos aclarar lo ocurrido? Quizás salvemos a tu padre de algo desagradable.

—Me confundes, Cissy.

—¿Sigues sin creer lo que ha dicho Dow?

Hal se movió de un lado a otro. Había leído mucho sobre culturas orientales, sobre historia medieval y religiones en general y le costaba creer en la existencia de espíritus malignos capaces de apoderarse de una imagen ajena robándola del propio cuerpo, llevándosela en forma de ectoplasma y dándole vida con la propia animación del espíritu ladrón.

—Es que admitir lo que ha dicho el mago Dow...

—Ahora somos muy pragmáticos, muy materialistas. Somos seres de la sociedad de consumo, capaces de consumirnos entre nosotros mismos con tal de consumir más y con más lujo. Vivimos en un estado permanente de depredación de los unos contra los otros y nos negamos a aceptar todo lo que hemos heredado de nuestros antepasados.

—Ellos temían a lo desconocido y a lo desconocido, para conjurarlo, le daban una forma concreta, ésa es la verdadera esencia de los demonios.

—Esos demonios existen en todas las culturas, en todas las religiones.

—Lo admito, pero...

—Bueno, por intentarlo no se pierde nada —insistió la joven.

—Está bien, hay que darle una oportunidad al propio padre aunque uno no simpatice con él. ¿Te parece grave lo que he dicho? —preguntó, mirando a Cissy con una sonrisa.

—No, está lleno de jóvenes que odian a sus padres. Dicen que, con el tiempo, el odio se amortigua e incluso se olvida para dar paso a la ternura.

—Quizás sea cierto lo que dices, yo no estoy muy convencido, pero vamos.

El automóvil todo-terreno se introdujo en la carretera que conducía a Modern City. Hal pisó fuerte el acelerador, seguro de que aquel motor que él mismo cuidaba con sus manos, respondería.

Viajaban en silencio.

El perro, acurrucado en los asientos posteriores, parecía pasarlo bien contemplando el paisaje.

Cuando entraron en las curvas de Grass Plat, aquel lugar preferido por las parejas de enamorados para arrullarse lejos de las miradas indiscretas de los vecinos de Modern City, Cissy pidió:

—¡Para, para!

El perro alsaciano, encarado con el bosque de escasos árboles y con mucha hierba, donde los automóviles podían introducirse con facilidad, ladró.

Hal pisó el freno, los neumáticos chirriaron.

CAPITULO X

Martha Perkins se sentía al borde de la locura, engañada y traicionada por todos.

Su marido le había escupido todo lo que sentía hacia ella, en su propia cara. Tenía que admitir que no le había extrañado su traición, aunque sí enterarse de que era un criminal.

También se había sentido traicionada por las hermanas Castle, con las cuales había estado jugando al espiritismo. Sí, podía considerarse que todo había sido un juego para escapar del aburrimiento doméstico.

Sentadas en torno a una mesa, hacían invocaciones a los espíritus, acompañadas de otras damas de la ciudad que se cogían de las manos formando cadena, a la espera de emociones que ya no podía ofrecerles la vida que vivían en sus hogares; pero las hermanas Castle, en especial Priscila, que se consideraba reverenda madre del espiritismo, no había mencionado en absoluto que se hubiera consagrado a Satanás y a toda su corte de malignos.

Salió de su casa y se dirigió al domicilio de la madre de Jimmy.

Esta no ocultó su rencor al mirarla. No eran mujeres que hubiesen alternado socialmente; la madre de Jimmy había preferido pasar más desapercibida.

—Por favor, Betty, quiero hablar contigo.

—Lo siento, ahora tengo que irme —la rechazó, sin ninguna cordialidad.

—Me gustaría hablar contigo —insistió.

—Martha, tienes dos hijos para hablar con ellos. En cambio, yo... Precisamente ahora iba al manicomio a visitar a Jimmy.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Tú?

—Sí, por favor.

—¿Te lo ha pedido tu marido el comisario para buscar más cargos en contra de mi hijo?

—No, es que tengo que darle algo a Jimmy.

La madre del idiota vaciló.

—Es que, voy en autobús —objetó.

—Como quieras.

Subieron al autobús que las trasladaría de ciudad. Se sentaron juntas pero no hablaron. Martha Perkins iba mucho más tensa que Betty Omerson, la cual la observaba de soslayo, sin comprender su nueva actitud.

Desayunaron antes de entrar en el psiquiátrico judicial y allí, pasaron a una salita donde apareció un enfermero acompañando a Jimmy.

Martha observó que el muchacho estaba muy pálido y tan flaco que parecía consumido. De su rostro se había borrado la risa fácil, aquellas carcajadas estentóreas que tanto habían molestado a muchos.

—Jimmy, ¿cómo te encuentras?

. —Bien, muy bien. Como bien, duermo bien, muy bien —dijo, como una oración aprendida a base de repetirla, mascarla y engullirla pese a su sabor desagradable.

—Jimmy, la señora Perkins ha querido verte.

—Muy bien, me encuentro muy bien. Como bien, duermo bien, muy bien.

—Jimmy, te he traído una cosa —le dijo Martha, mirando recelosamente al enfermo que terminó retirándose al observar que el comportamiento de Jimmy era muy pacífico.

Los ojos de Jimmy se agrandaron al ver el juego de entretenimiento, con la mujer desnuda y las cinco bolitas. Lo cogió rápidamente y lo apretó contra su cuerpo. Miró a su madre y se echó a reír sonoramente.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Betty Omerson.

—Se lo he hurtado a mi marido.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué? —Dudó, pero continuó callada.

La viuda Omerson inquirió:

—¿Te sientes culpable?

De pronto, Martha Perkins se abrazó a la madre de Jimmy y comenzó a sollozar mientras balbuceaba: *

—Jimmy es inocente, es inocente... Pobre Jimmy...

El muchacho miró su juego y comenzó a agitarlo para ver si lograba colocar las cinco bolitas de acero en sus huecos correspondientes.

—¿Qué es lo que sabes? ¡Dímelo! ¿Qué es lo que sabes?

Martha negó con la cabeza sin dejar de sollozar. Betty la cogió por los brazos y la zarandeó con la fuerza que le daba el ansia de saber para poder salvar a su hijo del encierro en aquel establecimiento, que probablemente iba a ser de por vida.

* * *

«Dog» se detuvo sobre la espesa hierba. Comenzó a gruñir, mostrando sus colmillos, agresiva y amenazadoramente.

—Ha visto algo —observó Cissy.

—Yo no veo nada, pero aquí huele mal, es como si cerca hubiera algo podrido.

De pronto, el perro dio un gran salto y semejó tropezar con algo en el aire. Cayó en mala postura, rodando sobre sí mismo. Lanzó unos chillidos de dolor, pero inmediatamente se revolvió, dando unos broncos ladridos, y tornó a saltar una y otra vez, cayendo siempre mal.

—No sé qué le pasa, es como si se hubiera vuelto loco —opinó Cissy—, Nunca le había visto así.

El perro acabó aturdido y exhausto por tantas y malas caídas.

—¡«Dog», «Dog», quieto! —gritaba la muchacha, tratando de evitar no sabía qué.

El animal gimió lastimeramente, echó a correr hacia el río y se lanzó a las aguas.

Cissy y Hal fueron tras él, pero al llegar junto al río ya no vieron al perro que había desaparecido aguas abajo.

—Dios mío, ¿qué le habrá ocurrido al pobre «Dog»? —se preguntó Cissy, sintiendo una gran pena por la pérdida del animal al que tenía gran afecto.

—Es como si hubiera enloquecido —opinó Hal.

De pronto, oyeron un rumor extraño tras ellos. Era como un enjambre de avispas. Se volvieron y descubrieron una nube negra que giraba como la tromba de un tornado. No era mayor de dos metros de altura y ancha como un hombre corpulento. Se movía hacia ellos.

—¡Hal, Hal, qué es eso?

—No lo sé, vamos hacia el coche.

—¿Y «Dog»?

—Olvídalo.

Aquella especie de nube con vida propia, avanzaba hacia ellos. Intentaron eludirla, pero les cortó el paso.

—¡Hal, es algo vivo! —chilló Cissy al observar que se movía con inteligencia.

—¿Qué eres, quién eres? —rugió Hal, desafiante.

—Es el maligno poderoso del que habló el mago Dow —dijo Cissy, retrocediendo un par de pasos con angustia.

Hal carecía de fuerza para luchar contra aquella nube que hedía tan fuertemente que mareaba y producía fuertes náuseas. No se le ocurrió otra cosa que sacar el encendedor de gas de su bolsillo y alargando el brazo, lo puso por delante de él, contra la cosa, haciendo saltar la llama.

Cissy dio un chillido por la sorpresa. La llamita del encendedor prendió en la supuesta nube que se inflamó rápidamente, con una intensa llamarada. Dentro de ella pudo verse a un ser bien perfilado. Era diabólico, mitad hombre mitad animal. Se hallaba en medio del fuego, pero no ardía.

Miró a ambos y lanzó una especie de bramido. Luego, la llama se apagó y la sombra volvió a avanzar hacia Cissy, pues quedó bien patente que a quien cortaba el paso era a la joven y no a Hal, pero éste se interpuso entre ambos.

—¡Seas quien seas, largo, fuera, fuera!

Hal sufrió una violenta sacudida. Giró sobre sí mismo varias veces y cayó sobre la hierba como si hubiera sido víctima de la tromba de un tornado. Mas, se rehízo y volvió a atacar.

—¡No, Hal! —gritó ella.

Sin recordar lo que le había sucedido al perro, que debía haber sido el primero en detectar aquella cosa que se abatía sobre Cissy, Hal volvió a salir despedido, girando sobre sí mismo, como engullido por un violento remolino de aire con gran poder centrípeto primero y centrífugo después, de tal forma que fue lanzado contra uno de los árboles. Se golpeó en la cabeza, cayendo inconsciente al pie del mismo.

Cissy vio avanzar aquella cosa informe hacia ella.

No era la primera vez que la veía, aunque en las anteriores ocasiones no había experimentado tanto terror, quizás porque las veces anteriores había sido sorprendida a traición.

Intentó escapar corriendo.

Algo, como una raíz surgida de pronto entre el manto de hierba natural, una hierba que nadie cuidaba pero que allí nacía abundante y espesa, trabó sus pies y cayó al suelo.

Gimió, sintió que su cuerpo ardía y no quiso mirar hasta que notó una oleada de frío que la envolvía, ahuyentando el fuego que le había precedido.

Miró y se vio a sí misma alejándose. No cabía duda, era su doble.

Estalló en un fuerte llanto, se sentía profanada, le habían arrebatado una parte de sí misma, con todo el aspecto que la joven tenía, de tal forma que si alguien veía la figura que se alejaba, pensaría que era la propia Cissy.

—Cissy, Cissy...

Miró a Hal que se incorporaba tambaleante. Tenía una brecha en la frente y sangraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Mis sueños, mis sueños son una realidad.

Hal se pasó el dorso de la mano por la frente ensangrentada. Sintió dolor, pero no le prestó mayor atención.

—Todo esto es tan extraño que parece increíble.

—Lo parece, pero es cierto. El mago Dow tenía razón. Ese maligno espíritu que nos ha atacado, se ha llevado parte de mí. Ya no cabe duda de que tu padre está siendo engañado.

—De todos modos, si ve la figura ectoplasmática que es igual a ti, ha de pensar que eres mi chica y debe dejarte tranquila.

—Sí, pero todo depende del comportamiento de ella, o de lo que sea, porque ¿quién va dentro de mi doble?

—Sí, ¿quién va?

—No lo digas, Hal. Los dos imaginamos quién es, pero mejor no lo digas porque me horrorizo.

—Debemos ser fuertes. Vamos.

—¿Estás seguro de que podremos algo contra él?

—Al menos, lo intentaremos.

Abandonaron Grass Plat donde habían sufrido la desagradable experiencia. Cissy volvió a mirarle el rostro y se fijó más en la brecha sangrante que el joven tenía en la frente.

—¿Te duele?

—Olvídalo.

—Tendríamos que ir a un médico para que te curara.

—Habrá tiempo para ello. Además, en Modern City tenemos pocos pero buenos médicos.

Subieron al todo-terreno y partieron de aquel lugar.

Hal vio venir un camión en dirección contraria, ambos vehículos iban a gran velocidad.

De pronto, se dio cuenta de que no podía mover el volante, se había agarrotado.

—¿Qué pasa, Hal?

—¡Vamos a matarnos!

—Dios mío, sálvanos —suplicó Cissy.

El camión tocaba el claxon con insistencia, casi rabiosamente al verles venir por el centro de la carretera. En el último momento, el volante giró solo y pasaron rozando al camión, rozando a la mismísima muerte, escapando de ella por milímetros.

CAPITULO XI

Bob Perkins detuvo su automóvil frente a la vieja casa de los Castle, aquella mansión construida casi toda ella en madera. Había sido una de las primeras casas en ser levantadas en lo que había terminado siendo Modern City.

Frente a aquella residencia, Bob Perkins había estado tocando el claxon en muchas ocasiones. Ahora, cuando llegó ante la puerta, tocó el llamador eléctrico, pero impaciente, incapaz de esperar, golpeó la puerta con el puño.

—¡Bruja, abre!

Abrió January, la menor de las tres hermanas Castle que se hizo a un lado para que pasara el comisario Perkins, pues éste entró en la mansión como si fuera un toro embistiendo.

—Hola, comisario. ¿Qué le sucede?

Bob Perkins fue directamente al encuentro de Priscila y la cogió por el cuello con sus manazas en ademán de estrangularla.

Priscila Castle se puso pálida y comenzó a faltarle el aire. Bob Perkins estaba cegado por la rabia.

Nancy, la segunda de las hermanas Castle, se le acercó por la espalda armada con un atizador. Le dio en la cabeza con él y la contundencia debió ser suficiente, porque lo primero que hizo Bob Perkins fue aflojar la presión de sus manos.

Después, giró la cabeza y se derrumbó. Permaneció unos segundos en el suelo sin moverse. Lentamente, se llevó las manos a la cabeza y sus dedos se mancharon de sangre.

Priscila Castle recuperó el habla y le pidió a su hermana menor:

—Trae un whisky.

Priscila bebió directamente de la botella, como si fuera un hombre de duro trabajo. El último sorbo lo escupió sobre la cabeza del comisario Perkins.

—¡Eres un cerdo, fuera de mi casa!

Bob Perkins se sentó en el suelo y observó a las tres hermanas. Nancy aún tenía el atizador entre sus manos.

Aquellas tres mujeres estaban consideradas como espiritistas y recibían visitas no sólo de las gentes de Modern City, sino también de otros lugares, ya que Priscila se hacía anunciar en diversas revistas, pero lo que al parecer todo el mundo ignoraba sobre ellas, era lo que ya sabía el comisario Perkins.

—¡Me habéis engañado entre todos, me habéis engañado' —protestó.

—¿En qué? —preguntó Priscila tras tomar otro trago largo de whisky, bebida que parecía resistir muy bien.

—Sólo pasé una noche con Cissy...

—¿La necesitas?

—¡Sí, sí, sí, la quiero, la necesito!

Priscila Castle lanzó una carcajada y sus hermanas la corearon. La sala de

la vieja mansión se llenó de risas que a Bob Perkins le sonaron a burla.

—Dinos que jamás has sentido lo mismo que con Cissy al amar a tu mujer o a cualquier otra.

—Cierto, cierto.

—¿Y qué harías por conseguirla otra vez? —preguntó Priscila medio sonriendo.

—¿Dónde está el macho cabrío? Abrahel se llama, ¿no?

—Sí, Abrahel es el espíritu maligno que te ha elegido a ti.

—Le he de pedir que me entregue a Cissy para siempre.

—Estás casado, Bob Perkins.

—Pediré el divorcio.

Ante aquella decisión, Priscila le objetó con insinuante maldad:

—Quizás Abrahel, más que el divorcio, desee la muerte de Martha.

—¿Su muerte?

—Pudiera ser.

—Ese maldito Abrahel promete, promete, pero cuando cumple no es exactamente lo que prometió. No me fío de él. Danny, mi hijo, no está vivo como yo quería, es un zombi.

—Lo querías vivo, pues está vivo —le respondió Priscila.

Castle—. Abrahel tiene muchos poderes, pero todo tiene sus límites.

—Danny sigue muerto. No sé cómo hacéis que se mueva, pero está muerto. Sólo un muerto es capaz de aguantar tres balas de esto.

Mostró la pistola cargada con los poderosos cartuchos del cuarenta y cuatro. Priscila la miró despreciativa.

—Quizás eso no sea tan efectivo como tú crees.

—¿Ah, no?

Enloquecido como estaba, apenas apuntó un instante sobre el rostro de January, la menor de las Castle, y jaló el gatillo. La detonación estalló como un cañonazo. La distancia entre el orificio de la pistola y la frente de la mujer era demasiado pequeña para fallar y recibió el brutal impacto que le dobló la cabeza hacia atrás y la lanzó al suelo.

Cuando Priscila miró a su hermana, ésta tenía el rostro salpicado de sangre y materia cerebral.

—¡Bestia! —Rugió Priscila—. ¡La has matado!

—¿No decías que esto no era suficiente? Quiero a mi hijo Danny vivo, pero vivo de verdad y a Cissy para siempre.

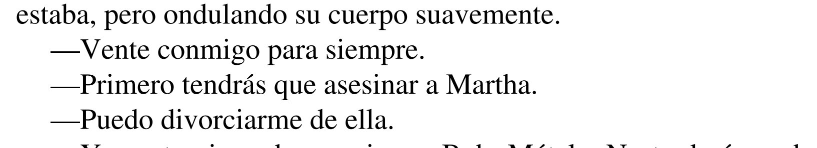
Las cortinas que ocultaban el mural satánico se descorrieron solas. Allí estaba Cissy, pero fuera del mural, como un ser vivo más y no formando parte de la orgía demoníaca que se entretuvieran en pintar las hermanas Castle en la pare<

—¿Tanto me deseas, Bob?

La respiración de Bob Perkins se tornó jadeante.

—¿Por qué me rechazaste?

—Eres demasiado exigente —le dijo la falsa Cissy sin moverse de donde



estaba, pero ondulando su cuerpo suavemente.

—Vente conmigo para siempre.

—Primero tendrás que asesinar a Martha.

—Puedo divorciarme de ella.

—Ya no te viene de un crimen, Bob. Mátala. No tardará mucho en llegar aquí. Viene decidida a echarte en cara que eres un asesino y a decirte que te denunciará para que liberen al idiota y te ahorquen a ti.

—¡Eso no lo conseguirá jamás, jamás!

—¡Bob!

Se volvió en redondo hacia la puerta y allí estaba Martha, como si hubieran dejado la puerta abierta expresamente para que ella entrara en la residencia, sin trabas.

—De modo que has venido —silabeó, siempre con la pistola en la mano, la pistola con la que había matado a January.

—He visto tu coche en la puerta cuando volvía de ver al infeliz Jimmy y no he dudado en venir a buscarte.

—¿Para qué?

—Para pedirte que te entregues y se lo cuentes todo al juez.

—Yo no tengo que contar nada, nada. ¿Lo entiendes?

—No te queda otra salida, Bob. Yo he decidido confesar, aunque la justicia pueda pedirme cuentas a mí también.

—Estúpida... ¿Crees que voy a permitir que hables?

—¿Vas a asesinarme a mí también? —Miró a la caída January—, Has sido tú, ¿verdad?

—He de matarte para casarme con Cissy —dijo, señalando a la figura femenina que estaba al pie del mural.

—Esa no es Cissy.

—¿Y quién es, entonces?

—No lo sé, pero Cissy está con Hal.

—Estúpida. ¿Es que no tienes ojos?

—Cissy iba en el coche de Hal, con tu hijo. Yo no sé quién es esa mujer, pero será obra de Satanás o de ese diablo, Abrahel.

—No es posible.

Bob Perkins miró a la falsa Cissy. Esta, como haciendo resplandecer más su belleza, sus irresistibles encantos, le pidió:

—Mátala, mátala y viviremos juntos siempre.

—¿A qué esperas, Bob? —Le desafió la propia Martha—. ¿Tienes miedo de que luego te culpen de mi muerte?

—Yo sabré arreglarlo... Vete al infierno, querida.

De nuevo se produjo una atronadora detonación en la residencia de las hermanas Castle.

Parecía como si Martha hubiera ido a buscar su propia muerte para espiar todo lo que había hecho y de lo que se sentía culpable.

De pronto, la imagen de Cissy se transformó en la del ser repugnante que

había dicho llamarse Abrahel. A pintor alguno se le hubiera ocurrido plasmar en un lienzo una imagen tan horrible como aquélla.

Bob Perkins, asustado, dio un paso atrás.

—¿Quieres vivir siempre conmigo?

La pregunta horrorizó a Bob Perkins. Aquel ser, en nada recordaba a la bella Cissy.

Las dos hermanas Castle se echaron a reír y Bob Perkins, enloquecido de horror, comenzó a disparar sobre el que decía ser Abrahel.

Las balas pasaron a través de él y se incrustaron en el mural donde los personajes parecían haber vuelto sus caras para mirarle y reírse de él.

Bob Perkins saltó por encima del cadáver de Martha y salió corriendo de la casa sin saber que su mujer, antes de ir a buscarle, había entregado una confesión escrita de todo lo ocurrido a Betty Omerson para que ésta, a su vez, la presentara al juez.

Bob Perkins saltó al interior de su coche, había terror en su rostro. De pronto descubrió a Danny en el asiento posterior.

—Estoy muerto —comenzó a decir con su voz ronca, riéndose lentamente. El repugnante olor a podrido seguía escapando de él.

—¡No, noooo!

Puso el auto en marcha. Pisó el acelerador a fondo y a gran velocidad, se lanzó por la calle. Rodeó una cuadra de edificios y cuando sobrepasó las cien millas hora, mientras el zombi de su hijo Danny se reía lenta y gravemente a su espalda, se lanzó contra la casa de las hermanas Castle.

Como si supiera lo que su padre se proponía hacer, Danny tendió sus manazas al cuello del comisario y trató de oprimírselo.

Con el automóvil ya lanzado, Bob Perkins embistió la puerta de madera de las Castle tras subir casi volando los tres peldaños de madera que había. Entró en la casa, cruzó la sala y se estrelló contra el mural.

Se produjo una gran explosión en medio de la brutal colisión del automóvil contra aquella pared que se partió, abriéndose.

Bob Perkins se llevó por delante a Priscila Castle y a Nancy que habían quedado brutalmente sorprendidas por la irrupción del coche dentro de su casa, como si fuera un monstruo infernal.

Ambas quedaron aplastadas contra el mural mientras estallaba el tanque de gasolina. Saltaron las chispas de la corriente eléctrica producida por la batería del automóvil y se desató un voraz incendio.

Hal y Cissy no encontraron a nadie en la casa de los Perkins.

De pronto, Cissy dejó de sentir aquel frío intenso que le hacía castañetear los dientes y llamó la atención de Hal. —Creo, creo que se me ha pasado...

Escucharon entonces el inquietante ulular de las sirenas de los bomberos de la pequeña ciudad. Hal se asomó al porche y vio el incendio a lo lejos.

—Es la casa de las Castle —dijo.

—¿Las Castle? —repitió Cissy a su lado.

—Sí, unas espiritistas amigas de mamá. Ya sabes, mujeres aburridas que

matan el tiempo invocando a los espíritus. La casa es de madera, arde como la yesca, no va a quedar nada.

Hal no se equivocó. Por más agua y espuma que los bomberos lanzaron sobre la casa, no quedó nada, sólo cenizas.

La tarea de la justicia iba a ser muy difícil para lograr identificar los restos humanos que encontraron, totalmente carbonizados, pero unos testigos habrían de explicar después que había sido el comisario Perkins quien, como poseído por el diablo, arremetió contra la casa metiéndose dentro de ella con el automóvil y provocando el devastador incendio que terminó con las espiritistas de Modern City.

FIN